

Mons. Juan Esquerda Bifet

MISIÓN Y MISERICORDIA

José Antonio Plancarte y Labastida, testigo y servidor de la misericordia

INDICE

Introducción

I. PUNTO DE PARTIDA: ENCUENTRO CON CRISTO, EXPERIENCIA DE MISERICORDIA

Experiencia, compromiso y coherencia

Una experiencia inicial en el itinerario sacerdotal

Aprender la misericordia en el ejercicio de su ministerio sacerdotal

Sincerarse con Cristo

Humildad realista y confiada

Una constante de sinceridad, revisión de vida y de memoria agradecida

Memoria de los beneficios de Dios, en medio de una actividad apostólica agobiante

La humildad de conocerse y de poner los medios para perseverar

Proponer y empezar de nuevo, confiado en la misericordia divina

Cristo doloroso y crucificado ilumina toda su vida

La experiencia de misericordia transforma los fracasos humanos en fecundidad espiritual

Confianza inquebrantable, experiencia del amor materno de María en el contexto del misterio pascual de Cristo

II. SERVIDOR DE LA MISERICORDIA, LA VIDA ES MISIÓN

Un pastor que vive y anuncia la misericordia a partir de la experiencia del encuentro con Cristo en la propia realidad

Una vida gastada para extender el Reino de Cristo

Armonía entre los diversos ministerios

Revisión de vida sobre su acción apostólica

Enseñar, escuchar, acompañar, atender a las personas, dar testimonio, en armonía con todos los ministerios

Aspirar a mayor armonía entre vida espiritual y apostólica

“Misionero apostólico” en y desde México capital

Siempre en alas de la esperanza, con humildad y audacia misionera

Su lema: “Valor y Confianza”

Una vida gastada para ser signo y servidor de la misericordia

III. EL ESTILO DE LA CARIDAD PASTORAL, MIRAR CON LA MIRADA AMOROSA Y MISERICORDIOSA DE CRISTO

La decisión de seguir a Cristo según su mismo estilo de vida

El itinerario sacerdotal marcado evangélicamente desde el despertar de la vocación

La vida pobre de Jesús prolongada en la propia vida

A la luz del misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado

Vida evangélica ratificada constantemente en medio de las pruebas

Ser signo de cómo vivió y amó Jesucristo, apoyado en la oración

Su examen continuo sobre su pobreza en el uso de los bienes

Desprendimiento respecto a los cargos y testimonio de santidad

En el momento de la prueba, imitar a Cristo y a María

Los mismos sentimientos y actitudes de Jesucristo

Según el estilo de vida evangélica de los Apóstoles

Ser reflejo de la vida y del modo de amar de Jesucristo

Un legado de confianza en la misericordia, que estamos llamados a imitar, custodiar y comunicar

CRONOLOGÍA

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN:

Quien se ha familiarizado con la vida y escritos del P. José Antonio Plancarte, se queda con la impresión de haber encontrado una persona auténtica y transparente. Su vida y sus escritos dejan entrever con claridad a Cristo, profundamente amado, que se ha hecho encontradizo en la propia realidad limitada, para transformarla y hacerla transmisora de su misericordia.

A partir de esta experiencia de amor misericordioso, el corazón ha encontrado los horizontes que se abren al infinito. La vida ya tiene sentido porque se gasta para anunciar a Cristo, amarle y hacerle amar. La propia debilidad humana continúa, pero el corazón se rehace continuamente para vivir una vida sin rebajas en la entrega y sin fronteras en la misión.

Es la experiencia que han tenido todos los santos, y que se puede encontrar con claridad en San Pablo: “Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amo... nos vivificó juntamente con Cristo” (Efes 2,4-5). “El amor de Cristo nos apremia” (2Cor 5,14). “No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20). Pablo se siente amado, quiere amar a Cristo, hacerle amar y vivir amando como él.

En el P. José Antonio, esta dinámica se inspira en el esquema de los Ejercicios de San Ignacio, practicados desde su preparación para el sacerdocio en Roma, y también durante el decurso de toda su vida. Sus sermones, su Diario, sus cartas, sus notas de Ejercicios y otros escritos, son una experiencia del amor misericordioso de Dios, que se quiere comunicar a todos y que él mismo quiere vivir con una vida según el estilo evangélico de los Apóstoles.

El Año Jubilar del P. José Antonio (175° de nacimiento, 1840, y 150° de su ordenación sacerdotal, 1865) es también y principalmente el inicio del Año Santo de la Misericordia para toda la Iglesia (8 diciembre 2015). Hemos intentado constatar por medio de este nuestro modesto estudio, que en la vida de la Iglesia y en el ministerio de los pastores, aflora con evidencia que “Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón... La Cruz de Cristo, entonces, es el juicio de Dios sobre todos nosotros y sobre el mundo, porque nos ofrece la certeza del amor y de la vida nueva... En este Año Jubilar la Iglesia se convierta en el eco de la Palabra de Dios que resuena fuerte y decidida como palabra y gesto de perdón, de soporte, de ayuda, de amor. Nunca se canse de ofrecer misericordia y sea siempre paciente en el confortar y perdonar. La Iglesia se haga voz de cada hombre y mujer y repita con

confianza y sin descanso: « Acuérdate, Señor, de tu misericordia y de tu amor; que son eternos » (Sal 25,6)” (Papa Francisco, Bula *Misericordiae Vultus*, 11 abril 2015).

I. PUNTO DE PARTIDA: ENCUENTRO CON CRISTO, EXPERIENCIA DE MISERICORDIA

Experiencia, compromiso y coherencia

Cuando se leen con atención los escritos autobiográficos del P. José Antonio Plancarte, especialmente su Diario y las notas de sus Ejercicios, el lector se encuentra con un testimonio de su propia vida, expuesto con objetividad, transparencia y coherencia. Pero también y principalmente, se puede observar que hay “alguien” que se ha cruzado en su vida de modo sorprendente: Jesús Salvador universal, expresión personal de la misericordia divina.

Esta constatación aflora ya en algunos momentos durante sus estudios en Oscott (Inglaterra, 1856-1862), cuando deja entender su devoción a la Eucaristía y a María, además de su tesón por defender su vocación. Allí ya tuvo momentos en que experimentó la misericordia divina y se sintió llamado a comunicarla a los demás.

Su encuentro con Cristo es una experiencia de su perdón y misericordia, como deja escrito en su Diario sobre los Ejercicios de 1858, en Oscott, cuando tenía 17 años: "Este día (lunes, 29 de marzo) acabé de hacer mi examen de conciencia... hice mi confesión general de tres años en menos de un cuarto de hora, siendo que yo creía que a lo menos tardaría una hora... Muy contento quedé de haber hecho mi confesión con el P. Eyre, pues me agradó mucho y creo que nunca me había confesado con un Padre tan bueno como él".

Su viaje a Palestina (1862) y también su preparación inmediata para el sacerdocio (1862-1865), fueron una toma de conciencia de la presencia de Jesús Salvador en su vida. Las notas personales de sus Ejercicios y del Diario dejan constancia de esta experiencia vivencial.

Su Diario tiene expresiones de una experiencia profunda que marca toda su vida con un tono de humildad, agradecimiento y confianza. Su punto de partida en el itinerario vocacional es, pues, un encuentro vivencial con Cristo, de quien se siente perdonado y amado. Esta experiencia de fe le marca para siempre, traducida en un actitud de reconocer humildemente la propia debilidad, con confianza inquebrantable en el amor de Dios y con agradecimiento traducido en generosidad y entrega. Para mantenerse en esta actitud, programará y revisará continuamente los medios de perseverancia.

Su actitud permanente será la de servir. Así lo afirmó al iniciar su ministerio parroquial en Jacona: "Anuncié que estaba aquí para servirles y no para que me sirvieran" (30 de mayo de 1866).

Ya no puede dudar del amor de Dios ni se siente nunca solo. Y en medio de dificultades y tentaciones, ya nada ni nadie puede suplir la centralidad de Cristo en su corazón y en su vida. La relación íntima con Cristo ha dejado en él una huella imborrable. Apoyado en esta experiencia, podrá resumir, casi al final de sus días y en pocas palabras, con humildad y confianza, su actitud permanente ante las dificultades y calumnias: "Dejo mi causa a la justicia y a la misericordia de Dios". Es una expresión suya del año 1896, que se encuentra en una primera redacción de su renuncia como Obispo, y que el P. José Antonio suprimió obedeciendo al consejo del Visitador Apostólico.

En este primer capítulo del presente estudio, podemos observar que el encuentro con Cristo está iluminado por la cruz y la resurrección del Salvador, Rey del universo, que ama y perdona. Por esto la vida sacerdotal del P. José Antonio será de plena dedicación apostólica (como veremos en el capítulo segundo), según el estilo evangélico a imitación de la vida del Buen Pastor y de sus Apóstoles (capítulo tercero).

Una experiencia inicial en el itinerario sacerdotal

En su Diario (al final del año 1862) resume su actitud interior como experiencia de la misericordia divina, que suscita en él la decisión de seguir la vocación con gratitud y generosidad: "El Señor se compadeció de mí y me condujo insensiblemente por sus secretos caminos al fin que yo deseaba, es decir, me hizo conocer claramente que su divina voluntad era que yo le sirviera en el estado del sacerdocio... Mi viaje a Roma, mi resolución de continuar allí mis estudios y la visita a los Santos Lugares, son los acontecimientos que han sellado mi porvenir".

Esta experiencia de la misericordia le fortaleció también para superar las pruebas de su enfermedad y afrontar las dolorosas curas en las montañas de Silesia (1864): "Sólo mi vocación al sacerdocio (escribe en el diario de ese año) pudo haberme dado valor y resignación para sufrir mi curación en Graeffenberg".

Pero donde se refleja más ampliamente esta actitud interior es en los Ejercicios Espirituales de 20-28 mayo 1863, practicados dos años antes de su ordenación sacerdotal. A mi entender, las actitudes asumidas en estos momentos serán las habituales y marcarán la pauta de una vida totalmente entregada al Señor. Anotaba también en su Diario: “Muy contento quedé con los Ejercicios... quedé más convencido de que mi vocación era de Dios”.

A sus 22 años, en estos *Ejercicios de 1863*, deja constancia de que su vida ha sido marcada por el sentido de transcendencia: venimos de Dios y volvemos a él. Al tomar conciencia de que por sus faltas está en disonancia con esta dinámica del “fin del hombre”, no puede menos de reconocerse pecador: “¡Dios me creó sabiendo que lo había de ofender! ¡Muchos infelices ... cumplen mejor con su último fin y sirven a Dios mejor que yo!!!”. Y rubrica su convicción así: “Lo que más me ha tocado el corazón”.

Durante toda su vida, la referencia a la misericordia de Dios, experimentada en su propia vida, será una constante inspiradora de su oración: “Tened piedad de mí ¡oh Señor Misericordia!”. Es una actitud relacional, acompañada de un propósito firme: “No ofender más a Dios y procuraré satisfacer por los pecados ya cometidos” (Ejercicios 1863).

La memoria del pasado no es sólo sobre los defectos, sino especialmente sobre las gracias recibidas, de las que siente profunda gratitud y necesidad de reparación por no haber correspondido siempre a la perfección. Así lo hace al recordar los años ya transcurridos: “Yo tengo que darle cuenta de 22 años y tres meses que llevo de vida, de los consejos de mis Padres y Superiores, de mi salud y bienes, de todas las gracias que he recibido...del uso que he hecho de las creaturas que Dios me dio por compañeras o para mi servicio. En fin de cada segundo de mi vida he de dar rigurosa cuenta” (Ejercicios 1863).

La conciencia de la propia limitación se traduce en experiencia de la propia nada ante la bondad del Creador, quien le ha llamado al sacerdocio: “Pues siendo menos que nada, he ofendido miles de veces a mi Creador! ¡Siendo menos que un grano de arena, he ofendido al que me sacó de la nada!”. Al mismo tiempo, recuerda la bondad amorosa de Dios, de quien está sumamente agradecido, “al que me dio padres cristianos y piadosos ¡al que me ha llenado de gracias y beneficios! ¡al que hoy me inspira a ser Ministro de su Iglesia!” (Ejercicios 1863).

Hay una actitud que también se hará habitual durante toda su vida. Se trata de reconocer las propias faltas (aunque se trate “del pecado más ligero”). Pero entonces se traduce en el compromiso de un examen particular para practicarlo todo los días: “Y día por día iré conquistando estas pequeñas faltas hasta que esté libre de ellas. Al principiar el día tendré cuidado de proponerme la enmienda de una falta y en la noche apuntaré las veces que en ella cayere” (Ejercicios 1863). Este examen particular será como el secreto de su itinerario espiritual durante toda su vida, como puede constatarse en sus notas personales.

Ante la realidad de la muerte en perspectiva, se pregunta sobre el significado del tiempo que pasa: “Cada hora, cada minuto, es paso a la tumba. Tengo 22 años menos que vivir. ¿Cuántos me quedan?”. Y hace un propósito de vida auténtica: “No haré nada para agradar a los hombres, sino por el amor de Dios” (Ejercicios 1863).

La meditación de la parábola del hijo pródigo le quedó grabada y el efecto irá aumentado durante toda la vida. La propia realidad pecadora, reconocida con humildad, se convierte en experiencia de misericordia divina.: “Dios es mi Padre... El me ha dado la vida y todo lo que poseo. Muchas veces, cual otro hijo Pródigo, le he volteado las espaldas y me he salido de su casa... ¡Qué ingratitud! ¡qué ceguera! ... El se ha quedado, triste y lloroso y dispuesto a amarme más que nunca... El único que me ama en mi miseria, es aquel Padre que abandoné y desprecié”. Por esto se afianza en la misericordia divina: “ No desconsolarme cuando caiga” (Ejercicios 1863).

La meditación de la pasión del Señor fue siempre un punto obligado de referencia. Al experimentar su amor, se decide a compartir los sufrimientos de Cristo y de María: “Para aliviar lo que Jesús y María sufrieron por mí en el calvario, procuraré imitarlos y seguir su divino ejemplo... Cuando me vea enfermo, o sufra algún dolor, me acordaré del calvario” (Ejercicios 1863).

La toma de conciencia sobre la propia debilidad, le estimula a profundizar en la confianza: "Yo conozco mi incapacidad e imperfección... El sacerdote sin tu ayuda es un inanimado instrumento... Quiero continuar preparándome... y reconociendo el camino que me marcaste con tu sangre... Ayúdame a cumplir mis propósitos... Madre mía Santísima, en vuestras purísimas manos me pongo para que me hagáis fiel imitador de vuestra pureza y humildad. Amén." (Ejercicios 1863).

La oración que dejó escrita el mismo día de su ordenación (11 junio 1865), está dirigida a la Santísima Trinidad (era la fiesta del día). Es todo un programa espiritual apoyado en la experiencia de la misericordia, del que entresacamos este pequeño fragmento: "Te pido que me perdones todos los pecados de mi vida pasada, que me des dolor de ellos y gracia para enmendarlos, que me des a conocer el gran misterio que hoy se obrará en mí, y las disposiciones necesarias para recibir todas las gracias necesarias para el desempeño del santo ministerio... Que yo sea un buen sacerdote, que imite y estudie a mi Jesús".

Su actitud permanente de confianza en Dios se basa en la gracia recibida por medio del sacramento del Orden, es decir, "la gracia especial que Dios da a sus ministros para que cumplan sus deberes" (Diario, octubre 1865, al pasar por Oscott).

Aprender la misericordia en el ejercicio de su ministerio sacerdotal

Ya desde el inicio de su ministerio sacerdotal en Zamora y Jacona (desde 1866), se examina frecuentemente sobre su conducta, para aquilatar su entrega prometida en la ordenación. La acción apostólica era muy intensa, como recordaremos en el capítulo segundo. En el año 1869 ya había misionado por los pueblos de la serranía de su diócesis, por encargo del obispo. También estaba preparando los primeros jóvenes candidatos, futuro sacerdotes, para ser enviados a Roma. La construcción del colegio de niñas le ocupaba mucho tiempo, mientras iba formando a sus Congregantes.

En medio de tantas ocupaciones, él mismo constata la alegría de servir al Señor, como dice en el Diario (final de 1869): "El año lo pasé muy contento y muy satisfecho de mis trabajos, a Dios gracias". Pero no se atribuye el éxito a sí mismo, sino a la ayuda de Dios: "Bendito sea el Señor que se dignó valerse de mí para tantas obras. A Él sea dado el honor y la gloria, y que yo no sea ingrato a tanto beneficio".

Pero al recordar su fervor de los inicios de su sacerdocio, y constatar que ha habido algunos fallos, propone recuperarse: "Me lleno de tristeza, al ver cuán diferente soy a cuando me ordené y a cuando llegué a Zamora y a cuando fui a Jacona de Cura; debiendo ser todo lo contrario. Propongo hacer esfuerzos siquiera para recobrar lo que he perdido" (Ejercicios 1869).

También al hacer memoria de las gracias recibidas, se siente avergonzado de no haber correspondido: “Pocos ha de haber que hayan recibido tanto beneficio como yo... Qué vergüenza, qué ingratitud respecto a mis votos, aunque no los he quebrantado en materia grave”. Y propone lo que será una constante durante toda su vida: “Haré media hora de meditación todos los días; un cuarto de hora de lectura espiritual, examen particular y general, daré gracias un cuarto de hora, y tres horas de cilicio viernes y sábado... Me confesaré cada ocho días los sábados y la víspera de las principales fiestas” (Ejercicios 1869).

A veces, tiene la impresión de haber descuidado su vida espiritual por el hecho de atender a otros: “El cuidado de salvar a otros, me ha de ayudar a salvarme, y no me ha de hacer, como hasta aquí, descuidar de mi propia alma”. Repite, pues, los propósitos de años anteriores, especialmente sobre la meditación diaria y la Santa Misa “con fervor y debida preparación y a lo menos un cuarto de hora de acción de gracias, Oficio Divino”, procurando “atender con caridad a los enfermos! (Ejercicios 1869).

En la memoria de su pasado, concreta lugares y nombres que fueron para él un don de Dios, “un sin fin de gracias y bendiciones en mi Ministerio; y por fin estos Santos Ejercicios”. Para agradecer y reparar, propone, además de los Ejercicios anuales, la confesión semanal, meditación diaria, oficio divino, etc.: “Cada mes haré un día de retiro y me tomaré cuenta de si he cumplido o no mis propósitos; el día señalado será el 13 de cada mes en honor de mi Santo y como aniversario de mi Santa Misa” (Ejercicios 1869).

Esta actitud de agradecer los dones de Dios y de reconocer los propios defectos, será una constante en su vida. El sentimiento de gratitud le lleva a recuperar el tono de generosidad y a poner en práctica los medios concretos para superarse.

Sincerarse con Cristo

Al inicio de su Ejercicios anuales, siempre deja constancia de sus limitaciones y defectos, mientras se confía filialmente a la misericordia divina. En los Ejercicios de 1877 (Roma, Casa Misión), trata de recordar sus primeros doce años de sacerdocio: “Heme aquí, dulcísimo Jesús Mío!... ¡a solas contigo! ... ¡Reconozco Señor tu gran bondad e infinita misericordia para conmigo, que soy el más vil e ingrato de los hombres!”. El resultado es una decisión de

renovar y continuar la entrega: “¡Ea pues Señor! consumad la grande obra que habéis iniciado en mí. Estoy pronto a **obedeceros** en todo, cueste lo que costare. Manda Señor y serás prontamente obedecido. Habla Señor que tu siervo escucha” (Ejercicios 1877).

Reconoce que sus defectos se han originado por haberse dado a sus ministerios con algún descuido respecto a su propia vida espiritual: “Esto me ha sucedido a mí, que trabajando cada día con más ahínco, por el bien del prójimo, descuido más de mí mismo... ¡Ayúdame Señor!... De qué me servirá salvar las almas de otros si la mía se pierde?” (Ejercicios 1877).

También es consciente de la propia debilidad respecto a inclinaciones torcidas, y de la necesidad de poner los medios adecuados: “Es necesario cuidar nuestra castidad, y para ello, no hay cosa más eficaz, que la sobriedad en comer y beber, huir de la ociosidad, ayuno y mortificación de los sentidos, y oración continuada” (Ejercicios 1877).

A veces, es sus notas de Ejercicios, hace referencia a sus defectos que ha confesado en confesión general. Dice textualmente: “No me quedó ni polvo en el costal”. Al mismo tiempo, anota los consejos recibidos del confesor: “Me escuchó con gran prudencia y me consoló muchísimo en mis tribulaciones y animó a continuar mis trabajos” (Ejercicios 1877). Renueva constantemente los propósitos de años anteriores.

Esta actitud penitencial y agradecida le lleva también a la disponibilidad de obedecer en caso de que le cambiaran de sus cargos: “El escrúpulo de que extraño mucho a Jacona y los colegios, y que me dolería abandonarlos, ya se me quitó, pues veo que aunque con dolor, no dejaría de obedecer. ¡Bendito sea el Señor! que me ha llenado de consuelo, y vuelto la paz a mí alma. Mis cuentas de doce años de Sacerdote quedan saldadas en Roma” (Ejercicios 1877).

A veces se explaya recordando el peligro de la tibieza, especialmente en la vida espiritual y apostólica. La califica de “enfermedad mental en un sacerdote... de difícil curación”. Pero, “para no caer en ella, el mejor remedio y el más eficaz, es celebrar el Santo Sacrificio y rezar el Oficio Divino con la mayor fe y devoción posibles” (Ejercicios 1877).

Humildad realista y confiada

La toma de conciencia de la propia nada, en el contexto de confianza en la misericordia divina, le conduce a la humildad, que es “fundamento de todas las virtudes. Sin ella no puede existir ni ser duradera ninguna virtud o buena obra... Jesucristo quiso dejar para sí la enseñanza de esta virtud. ... nos dice aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (Ejercicios 1877).

Es interesante notar su aprecio por la meditación diaria, que llega a calificar de “único medio de salvación” en la vida espiritual. Y da la siguiente explicación, especialmente para el desempeño de los ministerios: “¿Podrá amarse una persona y no pensar en ella? No, pues también es imposible amar a Dios sin pensar en él, o sea sin meditar... Sin meditación, se pierde el Sacerdote... Es muy difícil nuestra misión y verdaderamente imposible el desempeñarla fielmente sin el auxilio de la meditación” (Ejercicios 1877).

Se muestra siempre muy agradecido por el hecho de haber encontrado la paz durante los Ejercicios y que, al renovar sus propósitos, puede recobrar su fervor primero: “He concluido Dios mío, estos santos días de retiro que me has concedido, para examinar mis obras y escudriñar los senos de mi conciencia. Gracias, Señor por tan inmenso bien” (Ejercicios 1877).

Al final de los Ejercicios de 1877, hay una “carta conmemorativa” (firmada el 13 de enero de 1877), en que renueva “la consagración que hace once años siete meses, hice con todo fervor, pompa y solemnidad, prometiendo entregarme a la educación de la juventud, y morir, antes que pecar mortalmente... De nuevo repito solemne y formalmente todos mis votos, promesas y juramentos hechos sobre este altar el 13 de junio de 1865”. Esta misma consagración (del 13 de enero de 1877) queda ratificada y rubricada el mismo año en Palestina (abril de 1877), en Padua (13 abril 1877), en Nuestra Señora de las Victorias, París (25 abril 1877) y en Lourdes (5 mayo 1877).

Una constante de sinceridad, revisión de vida y de memoria agradecida

Muestra siempre un corazón agradecido con Dios, que ha tenido misericordia de su debilidad. El Señor **se** ha servido de este instrumento débil para hacer “grandes maravillas”. Así lo afirma en su Diario al terminar el año 1872: "Muchos fueron los beneficios que recibí durante este año de mano del Señor. Mi Iglesia parroquial quedó concluida y en uso, el edificio del Colegio casi se dobló, y el número de internas se aumentó rápidamente... Bendito sea el Señor

por haberse dignado escogerme tan inmerecidamente para instrumento de tantas y tan grandes maravillas. Que yo sepa corresponder a tanto honor y gloria".

La conciencia de la propia debilidad y, al mismo tiempo, la fe y confianza en el amor de Dios, son las notas que sostienen una actitud permanente de apertura a la voluntad divina, de examen continuo y de confirmación de las resoluciones adoptadas anteriormente. Por esto, unos Ejercicios o un retiro tiene esta finalidad: "Objetivos que me propongo al entrar a estos Santos Ejercicios: Examinar y confirmar mis resoluciones en los ejercicios anteriores" (Ejercicios 1878). Es el año en que tomó posesión de la diócesis el nuevo obispo, Don José María Cázares y Martínez.

Hay una sinceridad patente al reconocer que no todo se ha conseguido, mientras, al mismo tiempo, hay una decisión constante de perseverar con confianza en la misericordia divina: "He quebrantado varias veces mis propósitos... podré ser llamado a misión más difícil, y me resisto a ello. Estos y otros muchos motivos hay para que yo necesite de este santo retiro y procure no perder un solo instante del tiempo tan precioso que Dios en su Infinita Misericordia se ha dignado concederme para la salvación de mi alma" (Ejercicios 1878).

Va contando sus años de vida (38), como recordando que salió de Dios y está llamado a volver a Dios: "Hace 38 yo era nada y había mundo sin mí. Dios me sacó del no ser, por su infinita bondad y misericordia... ¡Cuán grande es la bondad de Dios para conmigo! ¡Cuán mal he correspondido a tan gran bondad!" (Ejercicios 1878).

Reconoce que todos los dones recibidos son un regalo, al que hay que corresponder: "Todo lo que tengo es de Dios, y me lo ha dado para salvarme. ¡Qué pocos ha de haber que hayan recibido más beneficios que yo! ¡Qué maravillas no podría haber hecho con la influencia que he adquirido sobre tantos corazones, y qué poco he conseguido, por pura culpa mía" (Ejercicios 1878).

Su punto de referencia es siempre Jesucristo, para poder constatar el contraste entre la santidad de Jesús misericordioso y la propia realidad: "Como cristiano, tengo obligación de imitar a Jesucristo y a ese fin fui bautizado. El todo lo sufre y yo no tengo paciencia; El ama los desprecios y a mí me irritan; El se oculta y yo me manifiesto; El castiga su carne y yo la halago; El lo hace

todo por su Padre, y yo por mí mismo; El se afana por los pecadores y a mí me fastidian” (Ejercicios 1878).

Y de nuevo resalta el sentido de transcendencia y bondad divina: “Pertenezco a Dios entera y absolutamente, por ser mi Creador, Redentor y Pontífice. No puedo disponer de nada, ni de un solo instante, para ofenderle. ¿Cuánto tiempo y en cuáles de mis obras le habré servido? ¡Son tan pocas, que con ellas pueda no llenarse el hueco de mi mano! ¡Nada más justo que amar y servir a un Dios tan bueno, y ¡yo no lo he hecho como debiera!” (Ejercicios 1878).

El hecho de haber celebrado Ejercicios durante tantos años, es una gran señal de misericordia divina: “¡Catorce veces he hecho ejercicios! ¡Cuán misericordioso es mi Dios y cuán ingrato soy! Perdón Dios mío, perdón” (Ejercicios 1878).

Propiamente no tiene angustia al constatar cierta incoherencia entre su predicación y su testimonio, pero la reconoce para aceptar la humillación y recuperar su deseo de santidad: “Si yo practicara todo lo que enseñé, sería un Santo” (Ejercicios 1878).

Siente verdadero horror al pecado venial, porque llevan fácilmente al pecado mortal. Por esto, afirma: “Seré muy cuidadoso en lo venidero” (Ejercicios 1878). La descripción de los males que se siguen del pecado venial es detallada: “El pecado venial es el origen y causa de nuestra tibieza, él ha extinguido el fuego de nuestro fervor; él nos ha infundido el desaliento; él nos ha acobardado en las empresas. Estamos expuestos a perecer porque el Señor empezará a vomitarnos de su boca” (Ejercicios 1878).

Frecuentemente aparece en sus apuntes la meditación sobre la muerte. A la luz de esta realidad, el tiempo recupera su valor y el corazón confía en la misericordia divina: “¿De qué me servirá a la hora de la muerte cuanto he hecho?... ¡Ay Dios mío! Tú sabes con cuánto desinterés y buena fe me consagré a tu divino servicio. Tú sabes que sin más interés que tu gloria y el bien del prójimo entra al Santuario. En Ti, pues confío. ¡Oh misericordiosísimo Señor! que en aquella hora terrible no me juzgarás según mi debilidad, sino según tu misericordia” (Ejercicios 1878).

Siempre recuerda las abundantes gracias recibidas para estimularse a agradecer y corresponder: “Se nos ha de tomar estrecha cuenta de las gracias que hemos recibido” (Ejercicios 1878).

Sus oraciones expresan una actitud de confianza filial, al sentirse pobre, pero amado: “¡Oh dulce Jesús mío! no me permitas que en mí se pierda el fruto de tu preciosa sangre. Infúndeme el espíritu de verdadera penitencia, para que descuenta en esta vida la pena que merecen mis pecados” (Ejercicios 1878).

Cuando le comunicaron que cesaba de párroco, escribió a su Prelado pidiendo perdón por sus defectos y agradeciendo la misión apostólica que le había confiado hasta entonces: “Quedo conforme con la superior determinación que se me comunica... Como buen padre, perdóneme en cuanto crea que le he ofendido; y acepte V.S.I. las gracias por el tiempo que me confió la carga que hoy se digna aliviarme” (25 de abril de 1882).

La fiesta de San Antonio (13 de junio) de todos los años, por ser su patrono y recordar el día de su primera Misa, era un momento especial de revisión de su propia vida y de renovación de los propósitos. Así lo dice repetidas veces: “Cada año para San Antonio leeré y examinaré mis propósitos presentes y anteriores” (Ejercicios 1883).

Su actitud humilde de reconocerse pecador le ayudó a aceptar los sufrimientos y humillaciones, pero especialmente profundizó en el significado de los sufrimientos de Cristo en la cruz. En los Ejercicios celebrados en la casa de los Padres Pasionistas de Roma (Santos Juan y Pablo), describe su actitud a modo de propósito: “Sufrir los trabajos de Jacona con paciencia y humildad y no hablar de ellos: diciendo ‘SEA POR AMOR DE DIOS, MAS PADECIO CRISTO POR MI’... Haré bien a mis enemigos... Leer estos propósitos por lo menos una vez al mes, y ahora cada semana” (Ejercicios 1883).

Memoria de los beneficios de Dios, en medio de una actividad apostólica agobiante

Las dificultades, afrontadas con confianza y amor, se podían convertir en nuevas posibilidades de apostolado. Era cuestión de dar gracias a Dios, de perdonar y de empezar una nueva etapa. Cuando se cerró el Colegio de San Luis en 1876, escribe: "Doy las más rendidas gracias a todos los que creyendo hacerme mal, me han obligado a trasladar mi Colegio a Roma". Y no deja de

anotar su oferta de perdón al describir su partida de México: "Adiós, país amado, porque he sacrificado cuanto he tenido... No sólo perdono de corazón, sino que viviré reconocido a los que me han hecho emprender este largo y peligroso viaje" (Diario 1876).

Esta actitud de perdón es habitual en él. Cuando en 1882 vio que se habían desmoronado algunas de sus obras apostólicas, viajó a Roma, como otras veces, para afianzar el envío de estudiantes y hacer su retiro personal. Entonces escribe, precisamente el día de su cumpleaños: "Hoy cumpla 42 años o sea la mejor parte de mi vida, y veo destruidas de un golpe mis pequeñas obras. ¡Bendito sea el Señor que así lo ha permitido!... No intento abrir mis labios para acusar a mis perseguidores; no conservo para ellos rencor alguno y les perdono" (Diario 23 diciembre 1882).

De Roma, seguirá a Tierra Santa, donde resumirá sus sentimientos de perdón y confianza con una oración redactada en el Calvario: "A las 8:30 de la noche escribo esto sobre la roca donde enarbolaron la cruz en el Calvario: en mi tercer viaje, año de 1883, mes de abril. ¿Dónde estoy? ¡Dios mío!... abrazado de la peña que sostuvo tu cuerpo crucificado...la que chorreaste con tu preciosísima sangre... la que María regó con sus lágrimas al recibir en sus brazos tu cuerpo exánime... la que se despedazó de dolor cuando exhalaste el último suspiro. ¡Y yo miserable pecador tengo esta dicha! ... ¡Cuán bueno y misericordioso es Dios conmigo! ¡Cuán me quiere!... Enséñame, Señor, a serte agradecido. Háblame, Señor, y dime lo que de mi quieres... ¿Que perdone a los que me han hecho mal? Perdónales, Señor... ¿Que apure el cáliz hasta las heces? Mi alma es ya un mar de amargura y no puedo beber ya más si tú no renuevas mis perdidas fuerzas. Dame, Señor, valor y confianza para apurarlo, para vivir crucificado" (Diario abril 1883)

Su actitud habitual de humildad, confianza y generosidad, aflora en toda su integridad en torno a los Ejercicios del año 1888. El P. José Antonio se encuentra en plena actividad: construcción del Templo Nacional Expiatorio de San Felipe, reconstrucción de la Colegiata, preparación de la coronación de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Por tratarse de Ejercicios ignacianos (dirigidos por el jesuita P. Cerda) aflora con más precisión la experiencia de la misericordia divina, a partir de la cual pasa lógicamente a la entrega espiritual y misionera, para seguir a Cristo incondicionalmente.

Recordar los beneficios recibidos es siempre para él una fuente de confianza y de aliento. Y precisamente el hecho de celebrar anualmente los Ejercicios es

otro de los dones recibidos de Dios: “¡Dios mío! a los innumerables beneficios que he recibido de tus santísimas manos, y que en vez de disminuir has multiplicado, agrego hoy el de estos Santos Ejercicios, no por cierto el menor entre los muy grandes que me has hecho, pues podrán ser los últimos de mi vida; de ellos dependerá tal vez, mi eterna salvación. Que no pierda tiempo tan precioso, que saque de ellos frutos de vida eterna; que por medio de ellos, perfeccione las obras que se me han encomendado y las encamine a la mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amén” (Ejercicios 1888).

Su actitud habitual de entrega aflora con claridad: “Debo entregarme a Dios por completo y sin reserva y hacer cuanto El me inspire en estos Ejercicios, ya sea reformando lo hecho, o emprendiendo cosas nuevas. A eso he venido Manda Señor, que tu siervo está atento y pronto a obedecerte. Con tu gracia todo lo puedo; ¡dámela Señor!” (Ejercicios 1888). Y al recordar de nuevos los beneficios, pide: “¡Señor! ¡Señor! que no abuse de tu gracia” (ibídem).

A partir de su experiencia de la misericordia divina, y a los sufrimientos y dificultades se convierte en fuente de fecundidad espiritual y apostólica: “La experiencia me enseña que Dios lo dispone todo para mi mayor bien. El terrible padecimiento de Jacona, en el cual procuré hacerme indiferente, me atrajo los copiosísimos frutos que estoy cosechando en México. La formidable guerra de los Opositores a la Coronación, sirvió para que emprendiera por completo la reforma de la Colegiata y así ha sucedido en todos mis males y persecuciones. Seguiré pues con empeño las obras del Señor” (Ejercicios 1888).

La humildad de conocerse y de poner los medios para perseverar

Pero para mantener esta actitud de esperanza dolorosa, ha de continuar poniendo en práctica los medios de siempre: “No descuidar de la meditación, examen, preparación para la Misa, Rosario y decir con más devoción el Oficio” (Ejercicios 1888).

Siempre esta su actitud se traduce en alguna oración, a modo de actitud filial con Dios, desde la propia pobreza y confiando en la misericordia: “Señor, y Creador mío: fui creado por Ti para amarte, reverenciarte y glorificarte y así poseerte por toda la eternidad... Resuelto estoy a no separarme de mi último fin, a usar de las creaturas que me ayuden a conseguirlo, y a renunciar de todas las que me lo impidan. Estos son mis propósitos, pero mi debilidad es

tan grande que no podré cumplirlos sin tu divino auxilio, ¡oh dulce Jesús mío! Bien conocida tengo mi fragilidad y por eso desconfío de mí mismo y pongo toda mi confianza en Vos” (Ejercicios 1888).

No obstante esta perspectiva de confianza en el amor y misericordia, o precisamente apoyado en ella, no olvida su realidad de pecador perdonado: “Que te ofendan tus enemigos, malo es; pero que te ofenda yo tu hijo mimado tu Sacerdote, tu favorecido, eso es pésimo, imperdonable, horrible. Ten piedad de mí, que soy un gran pecador digno del infierno y de mil infiernos, si los hubiera” (Ejercicios 1888).

Lo que más le duele es que, siendo sacerdote, favorecido del Señor, no ha correspondido perfectamente a esta gracia y, por tanto, se ha resentido el bien de las almas: “¡Quién más ingrato que yo, que he sido el más favorecido de los Sacerdotes! ¿Qué me ha negado el Señor de cuanto es necesario para ser un verdadero Apóstol? Nada, nada. Fácilmente he podido ser santo, he tenido sobrados medios de serlo, Dios se ha esmerado conmigo para que lo sea; ¡y no lo soy! ¡Cuántos más bienes he podido hacer a las almas y no los he hecho!” (Ejercicios 1888).

Las oraciones durante los Ejercicios son un reflejo de su propio corazón: de la conciencia de ser un pecador perdonado, pasa a querer a toda costa (y con la ayuda de la gracia) ser santo y apóstol: “Dios mío, ¡Tú tan bueno para conmigo, y yo tan pecador! ¡tan ingrato! ¡tan perverso! Me hiciste dueño de tu cuerpo real y de tu cuerpo místico; en cambio mi tibieza en celebrar el Santo Sacrificio; y el abuso de tus creaturas, dones y gracias... ¡Qué bueno eres! ¡Qué malo soy!” (Ejercicios 1888).

La descripción detallada de las propias miserias se convierte en una confianza ilimitada: “¿Qué hago ¡Dios Mío! en medio de esta turbación en que me encuentro? ¿Perder toda esperanza? ¿Se condenará este tu hijo tan favorecido? No Padre mío, no, mil veces no. No me condenaré; corro a tus plantas, abrazo tus santísimos pies y allí lloraré mis pecados hasta que no oiga como Magdalena: Pecaste mucho, pero has amado mucho. Vete en paz. Amén” (Ejercicios 1888). La clave de su esperanza está en esta convicción: “Mi alma, que cuanto hay, pues ella vale más que todo el mundo; vale la sangre de Cristo” (ibídem). Y espontáneamente acude a María: “¿Por qué no clamo a la Madre de Pecadores, María? Alcánzame perdón” (ibídem).

Y todo gira en torno a la decisión de ser santo para agradecer a Dios las

gracias recibidas: “¿Por qué no me hago santo? ¿Qué trabajo es? Tengo todos los medios para serlo. ¡Dame tu gracia Virgen Santísima! Ayúdame Madre mía, y lo seré” (Ejercicios 1888).

Proponer y empezar de nuevo, confiado en la misericordia divina:

En esta etapa final de su vida, los propósitos siguen siendo concretos, con vistas a asegurar la perseverancia: “Visitar al Santísimo diariamente. Tener un cuentero para hacer mi examen particular sobre la pasión dominante. No dejar pasar ocho días sin confesarme, para lo cual escogeré confesor seguro y fácil” (Ejercicios 1888).

Apoyado en esta experiencia de misericordia, afirma: “Desde ahora a ti clamo y tu perdón imploro, arrepentido de todas mis maldades. No entres Señor, en juicio con tu siervo, pues si examinas sus iniquidades ¿quién podrá soportarte? Soy tu siervo y el hijo de tu esclava, por eso pido de limosna tu misericordia... por eso me afianzo de tu ensangrentada cruz y confío que ella será la áncora de mi salvación. Amén” (Ejercicios 1888).

La narración de la parábola del hijo pródigo la vive y narra en primera persona durante la celebración de los Ejercicios, como ya había hecho en años anteriores. En ella encuentra su propia biografía: dones recibidos, ingratitud personal, regreso a casa, el amor tierno de Dios: “¡Qué preciosa y cuantiosa herencia he recibido de Dios!... ¡Me levantaré e iré a mi Padre! No volveré a faltar a mis resoluciones. Mi Padre ha salido a mi encuentro, me ha abrazado, me ha vestido de gracia, me ha dado el anillo de heredero, ha hecho un banquete. Soy feliz. Nunca lo abandonaré” (Ejercicios 1888).

Le entusiasma también la narración ignaciana del “Rey humano”, que describe la bondad y cercanía de Cristo Rey. Por esto, se alista incondicionalmente “para conquistar toda la tierra” (Ejercicios 1888). “No tengo que escoger. Alistado estoy bajo juramento. He peleado y vencido muchos enemigos... me armaré de valor; estaré vigilante y con el ejemplo de mi Rey, triunfaré” (ibídem).

La actitud cristiana de humildad y confianza, que deriva hacia la decisión de santidad y misión, se fundamenta ya no sólo en comparaciones literarias (como la del “Rey humano” o temporal), sino principalmente en el misterio de la Encarnación y Redención. “El Padre va a darnos su Unigénito, para que sea

cruelmente sacrificado por nuestro rescate. El Verbo Divino va a tomar nuestra carne degradada para luego morir en una Cruz penosa e infame ¡Qué humillación! ¡Cuánto amor! ¡Ave llena de gracia! Has hallado gracia delante de Dios -He aquí la esclava del Señor- ¡Qué humildad! ¿Cómo puedo yo ensoberbecerme? ¡Qué felices somos los que hemos nacido después de la Redención! Tenemos en Jesús y en María, modelos perfectos que imitar. ¡Que yo los aproveche haciéndome humilde” (Ejercicios 1888).

Las oraciones se hacen más prolijas, como quien se expansiona con una persona amada: “¡Rey celestial y divino, amorosísimo Redentor mío! aquí está pronto a seguirte, aquel cobarde desertor que tantas veces se ha alistado en tu ejército. Pero que no ha luchado con constancia y cobardemente ha capitulado con tus enemigos. Vergüenza me da solicitar la rehabilitación de mi plaza en el ejército, pero no puedo resolverme a seguir aprisionado por el enemigo. Vengo pues a implorar tu clemencia y a pedirte valor, fuerza y constancia para reconquistar mis perdidos laureles, multiplicarlos, y conservarlos hasta la hora del triunfo final, para que por ellos me des la recompensa de amarte y poseerte eternamente. Amén” (Ejercicios 1888).

Los propósitos son los mismos de siempre, pero más detallados, además de más motivados. Y todo con vistas a: “Trabajar con mayor ahínco, en el perfeccionamiento espiritual y temporal de la Congregación de Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, siendo para ellas verdadero padre y dechado perfecto de virtud. Hacer lo mismo tratándose de los establecimientos que están a mi cargo como son Asilos y Clerical, para lo cual me ayudarán mucho todos los propósitos presentes y pasados. ¡Señor, tú! me los has inspirado; en ti espero hallar la gracia, fuerza y constancia para cumplirlos. Los coloco en la llaga de tu Smo. costado, lugar donde siempre me colocaba mi amada madre (q. e. p. d.) y del cual no quiero salir hasta no juntarme con ella en el cielo para amarte y bendecirte eternamente. Amén” (Ejercicios 1888).

La comparación con el mártir San Felipe de Jesús, le da pie para confiar en que también su propia vida puede fructificar milagrosamente: “¿Felipillo Santo? ¡cuando la higuera críe higos! Esto digo de mí mismo, cada vez que recorro el catálogo de mis pecados, y lo encuentro aumentado por mis iniquidades cuando leo mis propósitos, que son otras tantas infidelidades. ¿Qué hago, glorioso Felipe de Jesús? ¿Renuncio a la esperanza de perfección? ¿Me doy por perdido? No, mil veces no, por eso he renovado mis propósitos y vengo a depositarlos en tus manos, para que tú seas fiador de mis promesas; me hagas cumplirlas fielmente y me alcances la gracia de que así como

levanto tu santo templo expiatorio, con la limosna de los fieles, así reedifique en mi el templo vivo del Espíritu Santo con tu ayuda, para que llegue el día en que los siervos de Dios griten a mi madre la Iglesia, como la esclava gritó a tu madre, el glorioso día de tu martirio: ¡Antonio es Santo, la higuera tiene higos! Amén” (Ejercicios 1888).

Se considerará siempre indigno de ser sacerdote, pero, al mismo tiempo, confiará plenamente en la misericordia de Dios: "Yo entre todos mis condiscípulos fui el más indigno de ser llamado al apostolado; ni virtudes, ni talento, ni aplicación, ni estudios, ni nada. No quiero ni pensar en esto, y me consuelo con confesar que soy sacerdote por la pura misericordia de Dios" (Ejercicios, 1894).

Cristo doloroso y crucificado ilumina toda su vida:

El dolor y la fecundidad de la cruz, la experimentó continuamente, desde su lucha por defender su vocación (cuando era estudiante en Oscott), pasando por su grave y dolorosa enfermedad (ya estudiante en Roma) y luego en los avatares del ministerio sacerdotal.

Los mismos éxitos, que agradecía a Dios, se le presentaban como augurio de una nueva cruz. Cuando llegaron a México los primeros sacerdotes graduados en Roma (1881), como es lógico, se celebró con grandes fiestas este acontecimiento. Pero él estaba ya curtido por contratiempos y dejó escrito: "Comprendo que tras estas palmas vendrá la cruz. Que el Señor me dé fuerzas. Listo estoy para el Calvario". El cese de párroco de Jacona (24 de abril de 1882), con todas sus consecuencias, sería una de sus mayores cruces.

En su testamento espiritual, redactado ya en 1883, resume su actitud permanente por medio de una oración oblativa, en la que se une a la oblación de Cristo crucificado signo de "infinita misericordia": "¡Oh, Dios mío! en tus manos encomiendo mi espíritu; sí, en las manos de ese Dios de Verdad, cuya sangre ha sido mi rescate. Dulcísimo Jesús mío ... y que todo ya consumado, exhalaste sobre la cruz el último suspiro al entregar tu Espíritu en manos de tu Eterno Padre, he aquí que yo también te encomiendo mi alma y la pongo por última vez en manos de tu infinita misericordia" (Oración del testamento espiritual, 1883).

Sería muy importante ahondar en su sintonía con Cristo doloroso, desde

Getsemaní hasta a cruz: “¡Qué bueno eres! ¡Qué pecadores somos!”. Allí se redimensiona toda la vida, sin desanimarse por la propia debilidad y miseria. José Antonio ha quedado conquistado por Cristo doloroso en la escena en que vienen a prender al Señor: “ ‘A quién buscáis?’ A Jesús Nazareno. ‘Yo soy’ ¿Busco yo a Jesús Nazareno en el desempeño de mi Ministerio y en todas mis obras; o mi propio contentamiento; el aplauso o la estimación de los hombres?... Purifica Señor mi intención, para que en todas mis obras y acciones no busque sino tu mayor gloria y el bien de mi alma” (Ejercicios 1888).

Los diversos momentos de la pasión le han cautivado: “¡Fuiste tratado como loco! ¡vestido de loco! ¡paseado por las calles como loco! ¿Qué pensaste y sentisteis?... ¡Cuán terrible es el pecado, Dios mío, pues te humilla y atormenta tan bárbara y cruelmente, y ciega tan completamente a aquellos hombres! ... (azotado y Ecce homo) ¡Cristo purísimo, desnudado delante de todo el pueblo, expuesto a la vista de todos; y azotado a muerte!... ¿Qué no basta esto, para que yo comprenda la gravedad de este pecado? ¿Para que prefiera morir antes que cometerlo? ¡Ecce Homo! he aquí al hombre pecador; al sacerdote indigno, al favorecido ingrato, lávalo de nuevo con la preciosa sangre que corre de tus espaldas; quítale la sensualidad e infúndele el espíritu de penitencia para que siempre viva mortificado en sus pasiones y casto en sus acciones” (Ejercicios 1888).

Esta experiencia de sintonía con Cristo doloroso le lleva a intuir los sentimientos de Cristo que habla al corazón de todo creyente: “Caí y me levanté para que cuando tú caigas te levantes luego y abracés de nuevo y con más fuerzas la cruz. No llores por mí, sino por ti que has pecado... (luego la oración se dirige a la Virgen) María es mi Madre y me ayudará a salvarme. Me entrego a tus brazos, Madre mía, sálvame. En Ti espero guardar bien mis propósitos. En tus manos, Señor, entrego mi alma y cuerpo. Sálvame, Señor. Sálvame” (Ejercicios 1888).

La conclusión a que llega es la convicción de ser amado y la decisión de devolver amor por amor: “¡Ay, Jesús mío! ¡cuánto me amas! ¡qué ingrato he sido! ¡qué hiciera yo para decir con toda la sinceridad de San Francisco Xavier y Sta. Teresa de Jesús. No me mueve, mi Dios para quererte, el cielo que me tienes prometido, muéveme el verte en esa cruz por mí” (Ejercicios 1888).

Como resumen, describe el amor de Dios al elegirnos a todos y a él en particular. La respuesta es de una entrega incondicional: “Nos eligió desde la

eternidad con preferencia a otros mundos creados, o por crear y teniendo presentes nuestras ingratitudes y prevaricaciones. Hizo el sacrificio de los sacrificios entregándose a la muerte más cruel e ignominiosa, por salvarnos. Falta sólo nuestra correspondencia, para que haya perfecto amor y perfecta unión con Jesucristo; para que El esté en mí, y yo, en El. Esto depende de mí, sólo de mí. Quiero Señor corresponderte” (Ejercicios 1888).

La contemplación del amor, al final de los Ejercicios, es el resumen de la actitud cristiana. El P. José Antonio glosa las palabras de San Ignacio mientras añade las suyas al final: “Te amo Señor, con todo mi corazón, con todas mis fuerzas, con toda mi alma. Quiero ser todo tuyo, verdaderamente tuyo, solo tuyo y probártelo con mis obras más que con mis palabras. Acepta mis deseos, bendice mis propósitos y consérvame en tu gracia. Amén” (Ejercicios 1888).

La experiencia de misericordia transforma los fracasos humanos en fecundidad espiritual:

Cuando al final de sus días, las dificultades iban aumentando, su confianza en la misericordia se acrisola y se concreta en humildad y en mayor entrega al Señor. Se había clausurado el Colegio Clerical de San Joaquín en México (1892). Quienes estaban en contra de la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, se oponían a la aprobación del nuevo oficio de la Virgen (presentado en 1890), así como a la reestructuración de la Colegiata y a la coronación de la sagrada imagen.

La referencia a la misericordia divina es constante, especialmente al confiar los propósitos al Señor: “¡Que Dios en su infinita misericordia me conceda mis santas intenciones y la perseverancia!” (Ejercicios 1894). Y, al mismo tiempo, agradece la nueva gracia de unos Ejercicios con vistas a una renovación: “Necesito de estos santos ejercicios para levantar mi ánimo decaído; para enfervorizarme y para corregir mi pasión dominante, pues ya se me acaba la vida... Es un beneficio muy grande el que Dios me hace y que yo no merezco; pues me da tiempo para reparar las cuarteaduras de la casa y las averías del navío; y para abastecer la despensa y echarle fuego a la hoguera que ya se apaga. Tal vez sean los últimos ejercicios que haga, pues ya tengo 54 años, estoy enfermo y siento que se me acaban las fuerzas. ¡Gracias Dios mío! ¡gracias mil! Con tu ayuda espero aprovecharme y no perder el tiempo” (Ejercicios 1894).

No hay lugar para la autosuficiencia ni para la desconfianza. Se siente necesitado de la ayuda del Señor y de los hermanos: “Ni Dios ni nadie necesita de mí.- Yo sí necesito de Dios y de todos; y sin ellos nada puedo hacer por mí solo” (1894). Y sigue agradeciendo al Señor lo bueno que ya ha realizado: “¿A quién le debo todo? A Ti, Dios mío, a Ti, y sólo a Ti” (ibídem). Y al reconocer las propias faltas, clama con confianza: “Misericordia, misericordia” (ibídem).

En este marco de confianza en Dios, reconoce siempre la propia limitación: “Yo tan estimado, tan querido, tan respetado, tan tenido por bueno, siendo tan gran pecador y tan obstinado en el pecado. Predicar y clamar tanto contra el pecado, ¿y hacerlo yo? ¡Qué vergüenza! ¡qué confusión! ¡qué iniquidad! ... Dame Señor, verdadera contrición y arrepentimiento” (Ejercicios 1894).

Ante la eventualidad de la muerte repentina, quiere estar preparado: “Esta es una razón más para que yo esté siempre listo para la marcha; para que tenga bien arregladas mis cuentas de los negocios espirituales y temporales que Dios me ha confiado” (Ejercicios 1894).

El sentido de pecado le impele a una actitud de penitencia corroborada por el sacramento: “Único remedio: Una buena y santa confesión sin reticencias ni ambages, con mucho dolor y arrepentimiento y firme propósito de no volver nunca a pecar; y hacer penitencia por los pecados cometidos, para quedar perfectamente purgado hasta de las inclinaciones al pecado; y fortalecido para no volver al vómito de la culpa. Amén” (Ejercicios 1894).

Su situación tiene arreglo en la misericordia divina: “No hay que perder tiempo tan oportuno. Gracias Dios mío, por haberme esperado tanto tiempo. Perdón Señor, perdón” (Ejercicios 1894). Y la parábola del hijo pródigo, como siempre, le ayuda a experimentar de nuevo el amor tierno del Padre: “¡He sido el hijo mimado de Dios! ... Me levantaré e iré a mi Padre prontamente, sin temor, lleno de confianza, y con humildad y arrepentimiento le abriré de par en par mi conciencia y le diré: He pecado, ten misericordia de mí... Que no sirva de escándalo a las almas inocentes que me has confiado. Que salvándolas a ellas salve la mía, para que unido a ellas juntos te alabemos por los siglos de los siglos. Amén” (Ejercicios 1894).

Confianza inquebrantable, experiencia del amor materno de María en el contexto del misterio pascual de Cristo

Precisamente el hecho de experimentar la misericordia divina en la propia miseria, a la luz de la Encarnación redentora, le ayuda a afrontar la realidad del mundo, que es siempre recuperable: “¿Podré yo lamentarme del estado actual del mundo? Antes al contrario, esto debe animarme a trabajar con más empeño” (Ejercicios 1894). Y para corregir sus faltas y mejorar su conducta, propone siempre llevar examen particular preciso y detallado: “Sobre ellas haré mi examen particular” (ibídem).

La meditación de la pasión no sólo le impresionaba durante los Ejercicios, sino que era una práctica frecuente: “Procuraré intercalar algunas meditaciones de la Pasión dentro del año, siempre que se pueda, por lo menos una vez al mes, el primer viernes; o bien hacerla en la tarde de ese día” (Ejercicios 1894).

La meditación de la resurrección del Señor es fuente de esperanza, que se afianza también por intercesión de María: “Así como Jesucristo se levantó del sepulcro, glorioso, triunfante, e inmortal, así yo debo salir de estos ejercicios: glorioso por haber hecho las paces con Dios... firme en mis propósitos y resuelto a morir antes que quebrantarlos; así lo prometo y espero confiado en la ayuda de Dios... Aparición a la Santísima Virgen. Con esto nos enseña Jesucristo, que el amor a la Santísima Virgen es la prenda más segura de nuestra redención y resurrección espiritual. Que la Sma. Virgen debe ser objeto de nuestro amor, y que en ella debemos poner nuestra confianza. Aumentaré pues mi amor y devoción hacia ella; y si las obras de la Colegiata son de su agrado, le pido la gracia de guardar mis propósitos y de triunfar sobre mi pasión dominante. ¡Madre mía, no desampares a tu hijo” (Ejercicios 1894).

Hay santos que se entrecruzan en el propio caminar histórico. Para el P. José Antonio, desde el inicio de su itinerario vocacional y sacerdotal, fue el mexicano mártir y misionero en Japón, San Felipe de Jesús, a cuya canonización asistió y que dejó en él una huella imborrable (año 1862). En el Templo Expiatorio de San Felipe (inaugurado en 1897) encontró su lugar adecuado al final de un denso recorrido pastoral. Allí pudo dedicar largas horas de oración, jornadas y noches de predicación continua, ministerio de la reconciliación y dirección de almas: "En el templo expiatorio, en el templo del pecador, allí estoy bien y debo ser la figura prominente. Allí debo vivir los últimos días de mi vida, recogido en el silencio y representando a los pecadores" (C.E. II A.A., Vol. 2, 1897, p.83).

En sus últimos momentos, la actitud filial hacia María, que había sido en él una constante durante toda su vida, se tradujo en una oración sencilla, en la que también pide y ofrece el perdón que él había siempre experimentado: "Me encomiendo mucho a la Santísima Virgen de Guadalupe... Si a alguno ofendí, le pido perdón... Y si alguno me ofendió, no tengo en mi corazón ningún resentimiento" (26 abril 1898)".

Esta vivencia continua de la misericordia divina en la propia vida va a iluminar y motivar toda su vida apostólica que describiremos en el siguiente capítulo. Será servidor humilde y diligente de la misericordia, como testigo cualificado de la misericordia. Las dificultades e incluso los posibles fracasos humanos, todo puede transformarse en una posibilidad de amar a Dios y a los hermanos.

La cruz se hace fecunda. La confianza se hace inquebrantable cuando la vida la afrontamos escondidos en el seno de la Madre de Jesús, que es también nuestra Madre. El P. José Antonio se considera sólo un "Juan Diego cimarrón" y decía cariñosamente "María es mi Madre". Por esto vivió el mensaje guadalupano y lo comunicó incansablemente a los demás: "No estoy yo aquí que soy tu Madre?... Tú estás en mi regazo".

II. SERVIDOR DE LA MISERICORDIA, LA VIDA ES MISIÓN

Un pastor que vive y anuncia la misericordia a partir de la experiencia del encuentro con Cristo en la propia realidad

En el capítulo anterior hemos ido recogiendo la experiencia del P. José Antonio sobre la misericordia divina: Cristo Rey y Salvador se hace encontradizo en la propia realidad limitada y pecadora. Esta experiencia, vivida y renovada continuamente, se convierte, para él, en compromiso ministerial permanente y en coherencia de vida evangélica.

Resumimos, pues, primeramente esta experiencia de misericordia como fuente de apostolado. Y aunque es en toda su vida donde se refleja el actuar misericordioso de Dios, hay un momento que podemos llamar “inicial”, a modo de sorpresa por el encuentro. Ya no pudo olvidar jamás este momento de perdón, en el que el corazón se decidió a vivir la vida evangélica sin rebajas.

Esta sorpresa se concreta luego en otra mayor: en el mismo ministerio se detecta la misericordia de Dios respecto a los demás. El evangelizador se deja evangelizar. Al dar a los demás lo que se ha recibido, se recibe de los demás una nueva experiencia de la misericordia divina.

Todo esto comporta, además de la acción ministerial, un examen continuo en el que se constata que la respuesta personal al Señor debe mejorarse. Entonces el encuentro con Cristo se concreta en sincerarse con él, sea en el examen sincero, sea en la confesión personal como encuentro sacramental. Son los consejos que impartirá a los demás.

No es una humildad ficticia, sino realista, objetiva, porque, al constatar la propia limitación, se encuentra de nuevo la presencia misericordiosa del Señor que contagia valor y confianza. Al hacerse servidor de la misericordia, aprende a ser discípulo y testigo de la misericordia.

Tampoco es un examen de solo lo negativo, sino una memoria agradecida de los dones recibidos. Sin esta constatación de las gracias de Dios, expresión de su amor misericordioso, uno no tendría el valor de reconocer las propias faltas

ni se decidiría a corregirlas de verdad. En el apostolado hay que proclamar primero el amor de Dios, para poder conseguir una conversión y apertura generosa a este amor.

La acción apostólica, que en el P. José Antonio es a veces desbordante, no logra borrar la memoria de los dones recibidos. La misma acción pastoral, con sus éxitos y sus fracasos, se enraíza de nuevo en la memoria de haber sido amado y perdonado por Cristo, como en San Pablo: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores y yo soy el primero” (1 Tim 1,15).

En esta perspectiva evangélica, la verdadera humildad se concreta en reconocer la propia debilidad y las propias faltas, confesarlas, proponer corregirlas y poner los medios para perseverar en estas decisiones inspiradas por la gracia de Dios. Es el plan de pastoral que el verdadero pastor, a partir de su propia experiencia, propone a los demás.

Las recaídas, cuando se examinan a la luz de la misericordia, no desalientan, sino que, por gracia de Dios, se convierten en un nuevo comienzo. Se trata de empezar todos los días, queriéndolo dar todo y en todo. Es el camino espiritual que propone en sus enseñanzas.

La luz principal deriva del Cristo doloroso y crucificado, como resalta en la práctica de los Ejercicios Espirituales. Es la experiencia del misterio pascual, Cristo, ahora resucitado y presente, nos recuerda siempre que él nos amó hasta dar la vida por nosotros. Quien tiene esta experiencia, como Pablo (cfr. Gal 2,19-20), ya no cae en las redes de la tacañería o del buscarse a sí mismo, sino que se deja interpelar por la “urgencia” de extender el Reino de Cristo y por el amor de quien “murió y resucitó por todos” (cfr. 1Cor 15,25; 2Cor 5,14).

Cuando ya se dedicó plenamente al servicio ministerial en el Templo Expiatorio de San Felipe de Jesús (inaugurado en febrero de 1897), durante su intensa acción apostólica, no olvidará la oración expiatoria, reconociéndose él mismo como pecador. Durante los primeros días de la inauguración del templo se calculan medio millón de visitantes. El objetivo del templo se concretaba en adoración y expiación, fomentadas por medio de la predicación y el sacramento de la penitencia.

Ordinariamente era el mismo P. José Antonio quien predicaba durante las noches de adoración. Los sufrimientos originados por los opositores de la coronación de la Virgen y de la edificación del templo expiatorio, las

considera providenciales: “Dios en sus altos juicios así lo permitió, porque era necesario para la expiación” (C.E. II A.A., Vol.2, 1897, p.83).

Gracias a esta experiencia continua sobre la misericordia divina, quedará siempre viva en su corazón y en su vida la llama ardiente del apostolado y el amor apasionado por seguir a Cristo Buen Pastor. Aprendió la misericordia divina al examinar su propia vida bajo la mirada amorosa de Dios y, al mismo tiempo, al hacerse testigo y servidor de la misericordia para todos los demás.

Una vida gastada para extender el Reino de Cristo

Quien ha encontrado a Cristo Salvador en la propia realidad, capta mejor que no se trata de una idea sobre él, sino de una persona profundamente amada. Entonces brota el deseo ardiente de anunciar a todos “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29), de hacer presente el sacrificio y misterio redentor “para el perdón de los pecados” (Mt 26,28), de continuar su misma misión (recibida del Padre) bajo la acción del Espíritu Santo, que es siempre misión de “perdonar” (Jn 20,21-23).

Durante los años preparatorios para la ordenación sacerdotal (Ejercicios de 1863), José Antonio ya había aprendido el significado de la acción apostólica. Al meditar en el Reino de Cristo, el corazón se sintió atraído por la llamada: El Señor “convida a todos a que se enlisten bajo su bandera y exhorta a todos a que sigan sus huellas” (Ejercicios, 1863).

En el contexto de la Ascensión de Señor, cuando los Apóstoles fueron enviados a todos los pueblos, de nuevo se sintió interpelado a la misión: “Yo deseo y estoy resuelto a ser Ministro tuyo y de tu Iglesia, porque creo que esta es tu voluntad; sí no fuere, dádme a conocer de la manera que más sea de tu agrado” (Ejercicios 1863).

Durante el año de su ordenación sacerdotal (1865), en su Diario dejó constancia de su disponibilidad misionera: “¡Divino Maestro! Tú... Mi mayor complacencia ha sido el imaginarme entregado todo a tu servicio y a la salvación de las almas; mis jardines han sido el imaginarme en mi Patria, viviendo pobremente y empleando mi herencia en socorrer a los pobres, predicando, dando ejercicios, catequizando... ser digno de tu altar y padre verdadero del pueblo que pongas en mis manos”.

De este modo, a partir de la experiencia de la misericordia divina, el P. José Antonio pasa lógicamente a la disponibilidad misionera. La vida sacerdotal tiene sentido cuando se gasta para anunciar y celebrar la misericordia.

La misión es entonces armónica e integral: es misión profética del anuncio y de la catequesis, es misión sacramental y litúrgica, es misión “diaconal” de los servicios de caridad (pobres). Este será el resumen de su vida ministerial.

La ordenación sacerdotal había tenido lugar el 11 de junio de 1865 en Tívoli (fiesta de la Santísima Trinidad). Su primera Misa la celebró en la Iglesia de San Ignacio, en el altar de San Luis Gonzaga, el día 13 de junio (1865), fiesta de su patrono San Antonio. De regreso a México, ejerció su ministerio en Zamora y Jacona, siendo obispo D. José Antonio de la Peña y Navarro, especialmente en el curato de Jacona (1866-1882). Al presentarse como párroco, indico su programa de vida: "Anuncié al pueblo mi nombramiento de Cura, manifestándoles que estaba aquí para servirles y no para que me sirvieran" (Diario 30 mayo 1866).

Fundó el Colegio de la Purísima, para niñas, en 1867. En 1873 fundó el Colegio de San Luís Gonzaga, para niños. Seguiría el Asilo de San Antonio para los pobres.

La Congregación de las Hijas de María (erigida en 1871), se convertiría en Congregación religiosa, por consejo del obispo Sr. Peña (1875). El primer reglamento fue aprobado por Don Pelagio, arzobispo de México (1877). La aprobación sería en 1878. El nuevo obispo de Zamora, Don José María Cázares (consagrado en 1878), también dio su aprobación en 1879. Posteriormente, la Congregación quedó erigida también en México (19 septiembre 1885), con el título de Hijas de María Inmaculada de Guadalupe. El objetivo siguió siendo el mismo: la educación de la infancia y juventud, especialmente de la mujer y de los más pobres.

En el ejercicio de estos ministerios, manifestó continuamente una actitud de apertura misionera, ansioso de dar a conocer al Señor y de comunicar su salvación por medio de los ministerios proféticos, litúrgicos y de caridad. Al final del año 1874, anota en su Diario: "el quehacer del confesonario se aumentó considerablemente".

Su disponibilidad se manifiesta desde el inicio de presencia en Zamora y Jacona, sin olvidar la propia bajeza ante la grandeza de la función salvífica:

"Empecé el año cantando la Misa... y sentándome en seguida a reconciliar hombres... Este día fue el que Dios tenía preparado para que empezase a desempeñar en mi sagrado ministerio la función de médico de las almas; muy alta, por cierto, pero en cambio muy consoladora" (Diario 1866).

Su predicación era una llamada a la conversión por medio de la celebración del sacramento de la penitencia: "¿No eres tú aquel hombre Dios, que pasaba por la Judea, Samaría y Galilea haciendo el bien, curando enfermos, resucitando muertos y socorriendo necesidades? Pues ¿por qué están manchados de sangre vuestros vestidos?... Nuestras culpas son las que han cargado sobre sus hombros esa pesada cruz y las que agravan su paso... Jesús sufre más (por nuestros pecados) en estos momentos que en aquéllos" (Sermón del encuentro, Zamora, 1866).

Él mismo anota en su Diario (cuaresma 1866), admirado, el fruto de la predicación: "La misma predicación hizo que la gente acudiese en tropel a mi confesonario y establecí el sentarme a confesar diariamente de nueve a una de la tarde, y de seis a ocho de la noche". Pero, al mismo tiempo, reconoce "su insuficiencia para tal alto cargo", que era, al mismo tiempo, un servicio en bien de los demás: "Resolví consagrarme a la felicidad de este pobre pueblo" (Diario 30 mayo 1867).

Armonía entre los diversos ministerios

En el conjunto de sus ministerios, destaca la dedicación a la educación de la juventud (por medio de la catequesis y de la escuela), así como la atención a los sectores más pobres de la parroquia. Pasados algunos años, en septiembre de 1876, podrá decir sobre su labor parroquial: "Jacona..., donde derramé las primicias de mi sacerdocio; donde gasté mis fuerzas, donde se marchitó la flor de mis años". Su actitud es siempre de confianza y humildad, como ya había escrito anteriormente: "Bendito sea el Señor que se dignó valerse de mí para tantas obras" (final de 1866).

El conjunto de su programación ministerial se desarrollaba por medio de predicaciones, celebraciones eucarísticas, fiestas marianas, horas de confesonario, obras de caridad. El 7 de septiembre de 1876 anota en el Diario: "Pasé casi todo el día en el confesonario". Pero todo le sirve para dar gloria a Dios, como nota constante de su actuación apostólica: "Que a Él sea dada toda gloria y alabanza y no a mí que soy su rudo instrumento" (final de 1869).

"¡Loado sea el Señor, que valiéndose de instrumentos tan viles obra tanto prodigio y maravilla!" (final de 1870). En realidad, su acción apostólica orientaba a las personas hacia el encuentro con Cristo en la eucaristía y la confesión.

Dedicó también gran parte de sus cuidados pastorales a la *Congregación misionera* (Hijas de María Inmaculada de Guadalupe) con vistas a evangelizar la juventud y, por medio de la juventud, la familia y la sociedad.

Su caridad hacia los pobres se plasmó también en el Asilo de San Antonio, fundado en 1875. Todo era fruto de su decisión de dedicarse más a la educación de los pobres. Este ministerio de la caridad se fundamentaba en la Eucaristía, como había sido su deseo ya antes de la ordenación sacerdotal: "¡Qué felicidad tan grande es ser Ministro de Jesucristo y ofrecer su cuerpo y preciosa sangre... En cualquier estado hay felicidad si se tiene vocación para él y Dios da su gracia" (Carta a su hermano José María, 24 enero 1862).

Hay una anécdota del inicio de su vida ministerial, contada por él mismo, que indica, al mismo tiempo, su trabajo agobiante y la disponibilidad para acudir a una necesidad inmediata. Vale la pena fijarse en los detalles, que reflejan su humanidad y cercanía al sufrimiento de los demás, además de revelarnos su clave para entender su equilibrio espiritual durante su acción pastoral: "Después de ordenado, llegué a Zamora. Otra vez era día de ayuno, y me estuve en el confesionario confesando hasta las 12 desde las 8, me iba a comer y por allí me salió una vieja llorando que quería que fuera a confesar a un enfermo; yo le dije, pues busque Ud. al Vicario; no señor que Ud. ha de ser; vamos pues, dónde está. En la cárcel. Era cárcel de Zamora, componíase de un gran galerón, un patio y un calabozo; había allí cerca de 200 presos. Encontré al enfermo tirado en una garra de petate, en un lago de podre, estaba lazarino, ya se le habían caído los dedos, no tenía nariz, ni labios, un hedor insufrible, una plaga de moscas negras sobre él; tenía una piedra por cabecera; sobre otra que estaba allí me senté y con mi pañuelo espantaba el mosquero aquel, y lo confesé" (E.E., III Ej. Esp., Vol. 1.1, 1897, pp. 7-8).

Revisión de vida sobre su acción apostólica

Verdaderamente su vida se desarrolló en un servicio ministerial continuo, que, a veces, le produjo ciertos remordimientos por el hecho de constatar que había descuidado un tanto su vida espiritual: "¿Qué me ha sucedido? Que he salvado

muchas almas, que he trabajado sin cesar para salvar a otros y por las mejoras materiales de mí Parroquia, y que he perdido mucho, en la devoción y fervor para rezar el Oficio Divino y para celebrar la Santa Misa que he abandonado mis devociones particulares; que he dejado la meditación particular, el examen de conciencia, lectura espiritual; y muchas veces hasta la preparación y acción de gracias para el Santo Sacrificio” (Ejercicios 1869).

Para poder valorar estas afirmaciones, hay que recordar el horario que se había trazado precisamente en esos mismos Ejercicios de 1869 para todos los días del año. Además de la dedicación a los ministerio, señala el momento de la meditación, del estudio, de examen y lectura espiritual, de rezo del Oficio a sus horas, Rosario, etc.

Le impresionó siempre la vida oculta del Señor en Nazaret. En este ejemplo se inspira para buscar un equilibrio entre la vida interior y la acción apostólica: “Por treinta años estuvo el Señor, escondido en el pequeño hogar de Nazaret, preparándose prácticamente para los tres años de predicación que se siguieron. Quiso practicar por treinta años las virtudes que debía predicar por tres.... ¿Con este ejemplo, qué deberé hacer yo, Ministro de Dios, dispensador de la palabra Divina? Procuraré practicar las virtudes y dar buen ejemplo, para que mis obras correspondan a mis palabras. Me prepararé lo mejor que pueda antes de acometer una empresa por fácil que sea” (Ejercicios 1872).

Insiste en buscar armonía o unidad de vida entre los momentos de oración y los de acción apostólica. Se inspira también en el modo de proceder de Jesús durante su vida pública: “Jesucristo se preparó a la vida pública, con treinta años de práctica en la virtud, cuarenta días de ayuno en el desierto y humillándose como pecador, en el Bautismo. Cuando yo emprenda cualesquiera obra, bueno será que imite a mi Señor, puesto que El hizo todo esto para enseñarme. Jesucristo, predicaba con el ejemplo, hablaba con simplicidad, y sentía con el corazón lo que sus labios proferían” (Ejercicios 1872).

Enseñar, escuchar, acompañar, atender a las personas, dar testimonio, en armonía con todos los ministerios

El modo de tratar a la gente mientras se realizan los ministerios sacerdotales, se inspira también en la misma vida del Señor, dedicado a la evangelización y atendiendo a las personas en sus situaciones: “Jesús enseña a ignorantes que

no le entienden y le contradicen, y a Niños que no le hacen caso; sin jamás irritarse y desesperar. ¿Y que yo dejaré de instruir al ignorante porque lo es, y al que no me hace caso, siendo mi misión enseñar al que no sabe; y no porque mi recompensa esté en el fruto de mis lecciones sino porque soy Ministro del Señor y debo imitarlo en cuanto pueda para ganarme el cielo. ¡Qué celo! Jesús predica en todas partes, en el templo, en las plazas, en el desierto, en la montaña, en una barca de día y de noche Con igual celo enseña a Nicodemus en su casa que a tres y cinco mil hombres en el desierto” (Ejercicios 1872).

Y señala entonces los motivos profundos del actuar por parte de Jesús, es decir, su amor al Padre y a las almas: “Su Objeto es la conversión de las almas y la gloria de Su Padre. Si yo busco en la Predicación la conversión de las almas y la gloria de mi Dios, y no mi propia gratificación, claro está que con igual gusto predicaré delante de uno, que de mil, del pobre y del rico, del docto y del ignorante. ¡Qué Prudencia! Jesús toma precauciones para no escandalizar a nadie con su conducta” (Ejercicios 1872).

Después de 12 años de ministerio sacerdotal, revisa su vida ministerial para que sea más auténtica en el buscar el verdadero bien de los demás: “La salvación de las almas, es mi misión, mi último fin como sacerdote y Párroco; debo salvarlas enseñándoles a hallar su último fin y encaminándolas hacia él...Salvar almas es mi única misión" (Ejercicios 1877).

La acción ministerial no puede olvidar el testimonio y la necesidad de santidad. Los ministerios exigen y hacen posible la santidad: “¡A mi voz Dios baja al altar! ¿Y en qué he empleado mi boca? Mis manos perdonan los pecados, tocan a Cristo, bautizan, etc. ¿y no han salido de ellas más que buenas obras? ¿O se han manchado en el pecado?” (Ejercicios 1877).

Le impresiona siempre la celebración de la Santa Misa, como actualización del sacrificio redentor. Por esto, propone continuamente mejorar el modo de celebrar, su preparación y acción de gracias: “Es el compendio de todos los sacrificios de la ley antigua y de las maravillas y gracias del Señor. La preparación y acción de gracias... ¿Cuántas veces a los cinco minutos tomamos el sombrero y nos largamos? ¿Cuántas veces nomas estamos bostezando y pensando en irnos? Somos muy ingratos a los beneficios divinos y de ahí viene que no nos aprovechan. Resoluciones. Confirmando las ya hechas sobre preparación, siquiera leyendo lo de rito; y sobre acción de gracias, haciéndola de 20 minutos por lo menos” (Ejercicios 1877).

El Oficio Divino es también objeto de revisión continua. El P. José lo aprecia por su contenido bíblico y como prolongación de la oración de Jesús en nombre de toda la Iglesia: "Su excelencia: es el lenguaje de las Santas Escrituras, de la Iglesia, de los santos. No se refiere más que a Jesucristo, antes de venir, encarnado, vivo, muerto, resucitado. Es una oración pública que hacemos en nombre de toda la Iglesia, y la cual hemos jurado hacer bajo pena de pecado. ¿Cómo se ha de hacer? Digne, atente ac devote" (Ejercicios 1877).

La predicación, a la que daba tanta importancia y a la que dedicaba tanto tiempo, tiene que ir acompañada por el testimonio del predicador, siguiendo las huellas del Señor: "El pueblo es lo que es el Sacerdote. La predicación sin el ejemplo es inútil, mientras el ejemplo sin palabra, obra maravillas. Todos los hombres juzgan a los sacerdotes por sus pueblos o rebaños, de suerte que en nuestro interés propio está cuidar de mejorar nuestros rebaños. Jesucristo enseñó con el ejemplo. Nos enseñó la humildad en el pesebre, en la circuncisión, en su vida oculta, etc. La pobreza, en todas partes se le nota; la paciencia, a cada instante la ejerce; el perdón y ruega por sus enemigos; la penitencia, y se retiró al desierto 40 días; la obediencia, y vivió sujeto a sus padres treinta años, etc. etc. Es pues necesario dar buen ejemplo y ser en todo los primeros... De nosotros dependen los pueblos" (Ejercicios 1877).

En su predicación, también la dirigida a sus Congregantes, acentuaba frecuentemente el perdón y la misericordia de Jesús: "Porque él era el verdadero Cordero, y porque aunque en apariencia lo rescatara, ya no era de ella, porque ya estaba ofrecido como víctima por los pecados de los hombres" (E.E., Vol. 1.2, IV Meditaciones, n.17).

El centro de sus predicaciones es siempre Jesús, ahora presente en la Eucaristía, donde actualiza su sacrificio redentor: "¡Qué bondad la de Jesucristo con los hombres!... Ahí le tenéis para consolaros en vuestras aflicciones... mientras en cada familia haya uno que sea devoto del Smo. Sacramento, que ame al Smo. Sacramento, hay esperanza de salvación... Se está fabricando el tempo de la expiación, a donde esté nuestro Amo expuesto de día y de noche y ofrecer a Dios esta adorable víctima de su Hijo Jesucristo en expiación de todos los pecados... El, en la Eucaristía como en todo, es nuestro Padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro consuelo y nuestro bien" (E.E., Vol. 1.2, VIII Sermón n.5, sobre la Eucaristía).

La máxima expresión de la misericordia divina aparece en el sacrificio redentor de Jesús: "Dios ya misericordioso con el hombre... le ofreció que su Unigénito Hijo, bajaría del cielo a la tierra a rescatarlo, con su sangre" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891). En esta sentido se entiende su afirmación sobre el valor de las almas a la luz de la sangre derramada por Cristo: "Pues esta es nuestra misión, buscar y salvar almas, misión la más grande, porque salvar un alma es recoger la sangre de Jesucristo que se está perdiendo" (E.E., Vol. 1.2, IV Meditaciones, n.15).

Este anhelo de salvar almas se concreta en los humildes servicios de caridad, especialmente respecto a los pobres y enfermos. Al hablar a sus Congregantes, les explica la fecundidad apostólica que deriva del testimonio de caridad. Es también una constatación de la labor caritativa ejercida por sus hijas espirituales: "Amadísimas hijas hospitalarias: Hoy, día del gran S. Pascual Baylón, que se ganó el cielo entre el humo, tizne y cochambre de la cocina, quiero platicar con las que se lo están ganando, o pueden ganárselo en un hospital al que han ido como madres y hermanas, y no como viles mercenarias, a consolar a millares de desheredados que sufren y padecen sin quien se duela de ellos, sin que llegue a sus corazones una gota de consuelo; sin que los ilumine un rayo de luz y de esperanza. ¡Cuántas de esas almas se salvarán mediante los sacrificios de Uds.! ¡cuántos se volverán a Dios arrepentidos, viendo la bondad y dulzura con que Uds. los tratan! ¡cuántos convertirán en lágrimas de arrepentimiento el sudor que destilan las frentes de Uds.! ¡Cuántos de los sanos que las miran, habrán golpeado ya sus pechos exclamando: ¡El Dios de estas almas caritativas, es el verdadero Dios! Si en mi mano estuviera quitarles el calor, las fatigas, necesidades, y desvelos, creo que no me atrevería a hacerlo, sólo por no disminuir su gran merito ante Dios y los hombres" (C.E., III A.C., Vol. 3, 1897, p. 112).

Aspirar a mayor armonía entre vida espiritual y apostólica

Se constata en su vida una actitud constante de rehacerse, especialmente con ocasión de iniciar los Ejercicios. Sus ansias de renovación están alimentadas por sus ansias de apostolado y viceversa: "Objetivos que me propongo al entrar a estos Santos Ejercicios: ¿Qué hacer si Dios me llamara a otra parte? Aquí me tenéis de nuevo ¡dulce Jesús mío! retirado de los quehaceres y bullicio del mundo, pronto a escuchar tu divina voz. Pero, ¿de qué me servirá que me hables tan repetidas veces, si tan pronto olvido lo que me dices? Que en esta vez sean más duraderos mis propósitos" (Ejercicios 1878).

El examen sobre la vida sacerdotal reclama atención continua, puesto que se nos va a juzgar según la coherencia y autenticidad de nuestra actuación: “Como sacerdote seré juzgado con mayor severidad. Daré estrecha cuenta de la administración de los Santos Sacramentos, de las almas que no se salvaron por pereza mía, de las que se perdieron por mi culpa, de las que no se perfeccionaron por mi impericia y morosidad. Daré cuenta estrechísima de los colegios y de la Congregación” (Ejercicios 1878).

El objetivo de los ministerios es siempre el mismo: la gloria de Dios y la salvación de todos. El sacerdote no es un funcionario ni tampoco el propietario de un feudo personal: “Como Sacerdote, mi fin es la gloria de Dios, el provecho del prójimo y mi propia santificación. ¿Qué tal he cumplido? ¿Le he dado a Dios tanta gloria como pudiera? ¿Cuántos prójimos he convertido y a cuántos habré escandalizado? ¿A cuántas de las Concepcionistas les habré dado mal ejemplo en vez de virtudes. ¿Qué poco interés he tomado en convertir a los pecadores! ¿Cuántas veces me he sentido perezoso para ir al confesonario, para la Misa y demás sacramentos! Cuántos penitentes he encontrado mejores que yo!” (Ejercicios 1878).

Un detalle de su actitud auténticamente evangélica de no buscarse a sí mismo, se encuentra en su Diario cuando resume su despedida (después de haber cesado de párroco): "Dirigí las palabras con mucho esfuerzo para no llorar, manifestando mi gratitud al pueblo, pidiéndoles perdón, recomendándoles recibieran bien al nuevo Párroco, y encargándole a éste les viera como hijos" (Diario 21 mayo 1882).

“Misionero apostólico” en y desde México capital

El servicio pastoral en la diócesis de Zamora había sido una prestación misionera, puesto que él había sido ordenado con dimisorias **de** su tío, el arzobispo de México. Su acción apostólica siguió con la misma o mayor intensidad después de cesar de párroco en Jacona y cuando pasó a depender directamente del arzobispo de México (1882-1898). Era visitador de Colegios, predicador en diversas diócesis, dirigía el Colegio Clerical de San Joaquín, etc. Era un verdadero "misionero apostólico" (título de la Propaganda Fide concedido en 1877), predicando en diversas regiones del país. Restauró el antiguo templo de Nuestra Señora de Guadalupe, del que será Abad y construyó el templo de expiación nacional de San Felipe de Jesús. Después de la muerte de

su tío Don Pelagio (1891), el P. José Antonio siguió en las mismas tareas pastorales por reconfirmación del nuevo arzobispo, Próspero María Alarcón.

En 1883 anota: "Hago el papel de machito nuevo, me agregan cuanto sobernal encuentran y todos tienen ganas de probarme. Yo no lo siento, antes me alegro, pues hago algún bien y no tengo tiempo de pensar feo" (C.E., III A.C., Vol.4, p.64). Ya Abad de la Colegiata de Guadalupe (septiembre de 1895), seguirá con las mismas actividades apostólicas.

En 1884 había descrito el Templo Expiatorio señalando su verdadero objetivo: "Un templo en honor del protomártir mexicano San Felipe de Jesús, donde día y noche esté manifiesto Jesús Sacramentado, a donde sólo se vaya a orar, donde los fieles no puedan tener sino motivos de fervor, expiación y arrepentimiento, no puede dejar de ser sino agradable a Dios".

Desde la consagración e inauguración del Templo Expiatorio Nacional de San Felipe de Jesús (inaugurado en 1897), sabrá armonizar sus frecuentes predicaciones y celebraciones de la penitencia, con largas horas de adoración eucarística.

No olvida el fin de toda la acción ministerial, que es siempre la gloria y voluntad del Señor, así como la salvación de todos: "Debo amar y servir a Dios cumpliendo fielmente con mi ministerio sacerdotal y en el desempeño de las obras que me han encomendado. ¡Cuán numerosos son los medios que tengo para salvarme! Nadie los tiene como yo. Asilos, Congregación, Clerical, San Felipe, la Colegiata, aceptación en el público. Prometo aprovecharlos bien, y no mal emplearlos, o hacerlos nocivos a la salud de mi alma. ¿Qué te daré oh Señor, en cambio de tanto, tanto como me has dado? Quiero ser completamente tuyo, deseo hacer en todo tu voluntad" (Ejercicios 1888).

El examen sobre su actuación apostólica es continuo y detallado, como respuesta a una pregunta del Señor durante la meditación de Getsemaní: "Amigo a qué has venido?" ¿A qué has venido al Sacerdocio? ¿A qué vas al altar? ¿A qué al confesonario? ¿a Qué al púlpito? ¿a qué a la Congregación?... ¡Perdón, Señor; perdón!" (Ejercicios 1888).

Siempre en alas de la esperanza, con humildad y audacia misionera

A la luz de la Encarnación del Verbo y de la redención, el ministerio

sacerdotal se ejerce con confianza. La redención del hombre se ha realizado gracias al amor del Padre y a la humildad del Hijo. Por esto siempre queda lugar para la esperanza: “La gran caridad de Dios. ¡Pensar en redimir al hombre, creatura suya, vilísima e ingratisima! ¡Emplear su poder y sabiduría hasta el más alto grado en redimir al hombre! Humildad del Verbo... ¡Esto se hacía cuando los hombres eran menos dignos; cuando estaban entregados a la idolatría y los vicios más repugnantes de la carne! ¿Podré yo lamentarme del estado actual del mundo? Antes al contrario, esto debe animarme a trabajar con más empeño” (Ejercicios 1894).

La humildad del Señor es la pauta para todo su apostolado durante todo el decurso de su vida: “(Jesús) Pidió la bendición a su santísima madre... La empezó con un acto de humildad. Fue al Jordán y quiso ser bautizado por San Juan, mezclado entre todos los pecadores que pedían el bautismo al Santo Precursor. Nuestras grandes obras, muy especialmente públicas, debemos empezarlas con algún acto de humildad para que sean aceptables a Dios Nuestro Señor. Seguiré pues mi costumbre de besar el suelo antes de predicar en las grandes funciones, como lo he hecho hasta hoy” (Ejercicios 1894).

El celo apostólico del Señor es el punto de referencia para todo sacerdote y apóstol: “Su celo por la salvación de las almas. Las de los ancianos en el Templo, las de los niños, las de los pecadores como la de Zaqueo, la Samaritana y la Magdalena, el ladrón crucificado; todas le interesaban igualmente, y para convertirlas predicaba en los templos y en las sinagogas, en las plazas y en las calles, en las ciudades y en los cortijos, en las montañas y en los valles. Con igual objeto me hice yo sacerdote, y debo cumplir mi misión, siguiendo el ejemplo de mi Divino Maestro” (Ejercicios 1894).

El encargo misionero hecho por Cristo a su Apóstoles, es el tesoro confiado ahora a su Iglesia, especialmente por medio del ministerio sacerdotal que es estímulo y aliciente de las demás vocaciones apostólicas: “Les confía la salvación de las almas. Mayor tesoro no podía confiarles ¿Y a mí, cuántas almas me ha confiado? Las principales son las de las congregantas y huérfanas. ¿He trabajado mucho en salvarlas? Todos dirían que sí, pero mi conciencia dice que no; que aún me falta mucho qué hacer y perfeccionar. Al efecto me propongo estudiar para instruir las mejor. Asistir a su congregación los domingos y días festivos y hacer con ellas el Retiro mensual. Para lograr esto, confesaré en México los sábados por la mañana en vez del domingo. Ayúdame Señor a serte fiel” (Ejercicios 1894).

A sus Congregantes, después de recordarles algunos ejemplos de caridad (que ya hemos citado más arriba), les insta a una vida de santidad que las haga disponibles para la misión: “¿Qué dicen ahora sus melindres? ... Prepararse para lo que les manden, sea lo que fuere... Prepárense pues, porque quien sabe a donde tengan que ir; ejercítense en lo que les falta, contrariense en sus gustos e inclinaciones, este es el único modo de llegar a la perfección, en negarse contrariándose” (E.E., III Ej. Esp., Vol. 1.1, 1897, p. 8-9).

Su lema: “Valor y Confianza”

Hay un momento en el inicio de su decisión vocacional, que le describe con su debilidad natural ante el dolor y, al mismo tiempo, con el efecto de la gracia que transforma su vida en confianza y audacia. Es un caso parecido al de San Francisco al besar la llaga del leproso y encontrarse espiritualmente con el mismo Cristo. José Antonio, estudiante en Roma, antes de ordenarse, tuvo que asistir a un moribundo y superar la repugnancia que sentía ante esta realidad. Es una experiencia decisiva en el camino de su vocación sacerdotal.

Copiamos sólo unos fragmentos de la narración: “Recuerdo yo que antes de ser sacerdote, en Roma, una de las cosas que más me lo impedían era él tener que asistir a los moribundos, no por miedo a ellos, sino por no ver a los dolientes, a la viuda, a los hijos, porque eso me despedaza el corazón. Siendo estudiante todavía y chico, llegó Dña. Esther Pesado con su esposo que iba enfermo y a poco se agravó. Y sin conocerla, pero viendo que estaba lejos de su país, sin conocimientos, sin parientes; le ofrecí mis servicios. Fui a cuidar al enfermo. Yo a su cabecera, y no crean que nomás viéndolo; sino asistiéndolo de todo a todo, le cambiaba sábanas, que esto era cada rato por pedirlo así la enfermedad; hasta lo pelé recostándolo para eso en mi pecho; Me pasaba las noches yo solo con el pobre moribundo... por fin murió, y yo lo lavé, lo vestí, lo puse en el cajón y todo; luego fui a consolar a la viuda que era lo peor para mí; y después de haber hecho esto, no me explicaba el cómo; y desde entonces, viendo palpable el poder de Dios me decidí a ordenarme, pensando y creyendo que ya aquella dificultad estaba vencida y que si se me volvía a presentar Dios me ayudaría a vencerla” (E.E., III Ej. Esp., Vol. 1.1, 1897, p. 7).

Por haber experimentado el perdón y la misericordia del Señor, supo no solamente perdonar, sino transformar las dificultades del apostolado en una actitud de “Valor y confianza”. Precisamente este lema aparece con el

trasfondo del perdón hacia el prójimo (por parte de quien se ha sentido perdonado por Dios). Así lo anota en su tercer viaje a Tierra Santa (que ya hemos recordado en el capítulo primero), como fruto de sus largas horas de oración en el Calvario: "¡Cuán bueno y misericordioso es Dios conmigo! ¡Cuánto me quiere!... ¿Que perdone a los que me han hecho mal? Perdónales, Señor... Dame, Señor, *valor y confianza* para apurarlo, para *vivir crucificado*... Castígame a mí, pero no castigues a aquellas pobres almas que de tan buena voluntad se han consagrado a tu servicio"(Diario abril de 1883).

Era su lema, que aparecerá también en una oración redactada en Vichy (donde se encontraba por razones de salud) y dirigida a la Virgen de la Esperanza: "¡Virgen piadosísima! ¡Esperanza nuestra!... humildemente postrados a tus plantas, imploramos *valor y confianza* para coronar nuestras obras!" (Diario, septiembre de 1883). Dejó traslucir siempre un corazón crucificado y lleno de esperanza, porque, movido por el amor de Cristo, supo perdonar.

Esta confianza inquebrantable surge de sentir la compañía de Cristo, mientras se le sigue e imita en su vida de donación y sacrificio: "Si seguimos a Cristo, no hay más camino que el de la amargura. Valor y Confianza es lo que hemos de tener en abundancia para no dejar la empresa comenzada. Según parece, el Señor quiere que llevemos la cruz sin cirineo y, por consiguiente, vamos haciéndolo así. Si Jesucristo rescató nuestras almas a fuerza de trabajos y penalidades, a buen seguro que nosotros ganemos el cielo con soletas y nieves. Los trabajos son la moneda con que se compra la eterna bienaventuranza" (C.E., III A.C., Vol. 1, 1883, p. 58),

Una vida gastada para ser signo y servidor de la misericordia

Realmente la vida del P. José Antonio sólo se puede entender con esta hermenéutica de testigo y servidor de la misericordia, para hacer presente el Reino de Cristo en los corazones, las familias y en la sociedad. Cristo Rey, el mismo que le conquistó muriendo en la cruz, es el que le contagió para dedicarse de por vida a anunciar el evangelio del perdón y de la misericordia.

A sus Congregantes les invitaba a convertirse en ser como el "buen samaritano", detallando la dinámica de lavar, curar y vendar, siempre como expresión de la caridad: "El samaritano representa el Señor Jesucristo, que bajó del cielo a redimirnos; el agua con que lavó las heridas, su preciosa sangre, el bálsamo con que lo curó, la caridad; y las vendas, los preciosos

lazos con que nos une a la religión" (Ejercicios a las Congregantes, 1891, Meditación 183). "Nuestro Señor nos cargó en sus hombros" (ibídem). Por esto, al presentar a Jesús, les recordaba que "su misión principal fue la de perdonar" (ibídem, Meditación 124).

El fundamento de la misericordia y del perdón está en el amor que Dios nos ha mostrado en el sacrificio redentor de su Hijo: "El ángel pecó contra Dios Creador, y nosotros contra Dios Redentor; por ellos nadie derramó sangre, y por nosotros todo un Dios derramó cuanto tenía; el Padre Eterno dio con gusto a un Unigénito sólo por nosotros" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

Esta experiencia de misericordia y de perdón le ayudó, en su tiempo, a armonizar los diversos ministerios sin dicotomías: anunciar a Cristo (predicación y catequesis), hacer presentes sus signos salvíficos y sacramentales (especialmente la Eucaristía y el perdón), servir a todos y a cada uno para sanar las heridas por medio de los servicios de educación y de caridad asistencial y promocional.

Al realizar esta tarea agobiante, él mismo constataba los propios defectos y limitaciones. Durante el decurso de toda su vida aparecen los momentos cotidianos de examen y revisión, acentuados en los días del retiro mensual o de final de año, y especialmente en los días de los Ejercicios anuales. Toda esta revisión constante de su vida tiene como objetivo aquilatar su disponibilidad misionera como agradecimiento por el perdón y la misión recibida.

La actitud de llegar a todos, como prolongación de haber experimentado la misericordia y el perdón, le llevaba a dedicarse sin demora a la enseñanza, la escucha, el acompañamiento, la atención, personal y, de modo especial, a ofrecer su propio testimonio de lo que él enseñaba y celebraba.

Se puede observar en sus escritos una lucha continua por conseguir mayor armonía y "unidad" entre vida interior y acción apostólica. Era consciente de esta necesidad de unidad de vida, mientras, al mismo tiempo, tenía que atender a las numerosas exigencias del ministerio. Se podría decir que esta su "lucha" era precisamente, como dice el concilio Vaticano II, "la ascesis propia del pastor de almas" (*Presbyterorum Ordinis*, n.13).

Sus años de párroco y sacerdote diocesano en la diócesis de Zamora (1866-1882) fueron la mejor preparación para ejercer luego sus ministerios

dependiendo del arzobispo de México capital. Aunque el título de “Misionero Apostólico” ya lo había recibido en 1877, su aplicación más intensa fue cuando ya estuvo radicado en la capital, prestando sus grandes servicios a la causa Guadalupana (restauración de la Colegiata, coronación pontificia de la Virgen, aprobación del texto litúrgico, etc.), también como Abad desde 1885.

Hay que destacar su actuación previa y durante la coronación pontificia de la imagen de la Virgen de Guadalupe (12 octubre 1895). La preparación de este evento tan extraordinario le supuso, durante años, viajes para recolectar fondos, visitas a Roma para asegurar la celebración en todas sus circunstancias, predicación y escritos para educar a los fieles con vistas a la participación responsable, etc. La participación de la jerarquía nacional e internacional en la coronación fue considerable (México, Canadá, Cuba, Panamá).

El P. José Antonio, como Abad de la Colegiata, de rodillas, pronunció el juramento (en nombre de los demás capitulares) de custodiar con honor la corona. La ceremonia se celebró con gran solemnidad. Pero él, después de pronunciar el juramento, siguió la ceremonia desde la capilla del Santísimo. En carta posterior (15 noviembre 1895) anota: "Ni la Coronación puede ver... Afortunadamente cumplí mi palabra: las obras quedaron terminadas. Cuarenta mitrados presenciaron la Coronación, y yo me sentí digno de llamar tío al grande hombre que proyectó cuanto yo hice por su mandato, es decir, el templo más hermoso de las Américas y la fiesta religiosa más solemne que ha visto el Nuevo Mundo. Lado sea Dios". La cruz, como siempre, había marcado su acción ministerial como signo de eficacia apostólica y fundamento de su esperanza. En todos los detalles de este acontecimiento se vislumbra una actuación ejemplar de quien es sólo servidor de los dones recibidos en bien de todos.

Se podría decir que la característica de su actuación ministerial, en el contexto de un testimonio evangélico (que veremos en el capítulo siguiente), se concreta en un tono de esperanza. No sólo afronta las dificultades sabiendo que la obra es de Dios y no propia, sino que, por haber experimentado la misericordia, sabe perdonar con generosidad. Ante los sufrimientos, calumnias e incomprensiones, supo reaccionar amando y perdonando. Su humildad era auténtica, porque se basaba en las bienaventuranzas y el mandato del amor. Su lema, “*Valor y Confianza*”, como hemos visto más arriba, resume su espiritualidad, que quedará también plasmada en el carisma fundacional de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe.

El P. José Antonio fue un confesor ideal, dedicando mucho tiempo a este ministerio, siempre en relación con la predicación y la Eucaristía. Sobre todo al final de sus días, ya en el templo expiatorio de San Felipe, se alargaron las horas de confesonario (como hemos visto más arriba y en el capítulo precedente).

La invitación que hacía continuamente el P. José Antonio, para que todos se acercaran con confianza el sacramento del perdón, quedó plasmada en un sermón pronunciado en el templo de la Encarnación de México, que refleja su propio interior de predicador y servidor de la misericordia: "Esta inaudita misericordia de Jesucristo me violenta esta mañana a desechar toda palabra de rigor y a llenaros de consuelo... ¿No ha derramado su sangre por todos?... Jesús ni siquiera recuerda lo pasado: a Magdalena, Mateo, Zaqueo, Pedro, Tomás, jamás les recordó palabra" (Sermón, templo de la Encarnación, México, 1885).

La descripción que hacía de Jesús sufriendo en la pasión, era una llamada acuciante a confiar en el perdón y la misericordia: "Te veo, Señor, ensangrentado, clavado y muerto en la cruz, y esos despojos de su muerte, mi fe contempla el estandarte de Redención, la prueba más grande de tu amor... Tú me estás viendo y conoces hasta la más secreto de mi corazón...¿Qué sentiría Jesús al recibir tan injustamente aquel terrible golpe? Vedle el rostro y lo sabréis: Sus ojos están serenos y apacibles, y en su rostro no se ve turbación ni venganza" (Sermón, del Huerto al Calvario, s.f.).

En este seguimiento e imitación de Cristo doloroso, él mismo se sentirá cercano de la gente, de su pueblo, incluso en las expresiones de piedad popular: "El que yo sea sacerdote no es razón para que me abstenga de las pequeñas prácticas de devoción del pueblo... teniendo que dar buen ejemplo al pueblo" (Ejercicios, 1872).

La práctica del viacrucis fue también un instrumento del que se sirvió para invitar a no desconfiar de la misericordia y del perdón: "Ya veo regadas las calles con la sangre que corre de sus llagas... ¡Quién hubiese podido aliviarte, o buen Jesús, ayudándote a llevar carga tan pesada!... Sí, hijo mío, tú puedes aliviarme... Jesús quisiera aún padecer más por mi amor... Mírale, pecador; es tu Padre, tu Creador, tu Dios, y está agonizando por ti... ¡Pero cuántos no se aprovecharán de esta sangre preciosísima!... A lo menos, Jesús mío, no sea yo del número de esos ingratos... Muera yo una y mil veces antes que ofenderte,

dulce Jesús mío. No me niegues esta gracia; te la pido por esa Sangre preciosa que has derramado por mí, por los acerbísimos dolores de tu Madre Santísima. Sí, mi Dios, antes morir que pecar" (texto del Viacrucis que rezaba en Jacona y en las misiones populares).

Por las expresiones que usa al detallar el ministerio de la penitencia, además de su propia experiencia de acudir él personalmente a este encuentro sacramental para recibir humildemente el perdón y reiniciar una vida nueva, se podría describir *la fisonomía de este humilde testigo y servidor de la misericordia* con estas palabras del Papa Francisco para el Año Santo de la Misericordia:

“Nunca me cansaré de insistir en que los confesores sean un verdadero signo de la misericordia del Padre. Ser confesores no se improvisa. Se llega a serlo cuando, ante todo, nos hacemos nosotros penitentes en busca de perdón. Nunca olvidemos que ser confesores significa participar de la misma misión de Jesús y ser signo concreto de la continuidad de un amor divino que perdona y que salva.

Cada uno de nosotros ha recibido el don del Espíritu Santo para el perdón de los pecados, de esto somos responsables. Ninguno de nosotros es dueño del Sacramento, sino fiel servidor del perdón de Dios. Cada confesor deberá acoger a los fieles como el padre en la parábola del hijo pródigo: un padre que corre al encuentro del hijo no obstante hubiese dilapidado sus bienes.

Los confesores están llamados a abrazar ese hijo arrepentido que vuelve a casa y a manifestar la alegría por haberlo encontrado. No se cansarán de salir al encuentro también del otro hijo que se quedó afuera, incapaz de alegrarse, para explicarle que su juicio severo es injusto y no tiene ningún sentido delante de la misericordia del Padre que no conoce confines... En fin, los confesores están llamados a ser siempre, en todas partes, en cada situación y a pesar de todo, el signo del primado de la misericordia” (*Misericordiae Vulus*, n.17)

Así era el P. José Antonio en su actuar sacerdotal, como *testigo y servidor de la misericordia*, especialmente invitando, por medio de su predicación, al encuentro con Cristo en los sacramentos de la Eucaristía y del perdón.

III. EL ESTILO DE LA CARIDAD PASTORAL, MIRAR CON LA MIRADA AMOROSA Y MISERICORDIOSA DE CRISTO

La decisión de seguir a Cristo según su mismo estilo de vida

Para poder comunicar a otros la propia experiencia de la misericordia divina, no basta con realizar una acción apostólica externa e intensa. Es necesario convertirse en reflejo del mismo Jesús, imitando su vida de pobreza y desprendimiento. Como decía San Agustín: “Que todos (los pastores) se identifiquen con el único pastor y hagan oír la única voz del pastor, para que la oigan las ovejas y sigan al único pastor, y no a éste o a aquél, sino al único” (Sermón 46, sobre los pastores).

Sorprendido por la mirada de Cristo crucificado, el P. José Antonio se quiere convertir en reflejo de esta mirada para los demás. De este modo, la vida de todos los demás hermanos se aprende a leer como vida de Cristo continuada en la historia de todos los días.

La clave de su disponibilidad apostólica está en su experiencia de la misericordia, que le impulsa al seguimiento según el estilo de los Apóstoles. En sus propósitos pone de relieve la decisión de no buscar riquezas ni honores. Será su actitud constante, desde sus primeros Ejercicios en Roma (dos años antes de de la ordenación sacerdotal) hasta el final de su vida. Es la clave para ser transparencia del amor misericordioso de Jesús.

El 25 de marzo de 1865 (fiesta de la Anunciación), cuando recibiría la tonsura, intuía que se trata de pertenecer totalmente a Cristo, y escribe: "Me sentí otro cuando me vi formando parte del Clero... El Señor es la parte de mi herencia y de mi cáliz". Es el mismo año de su ordenación sacerdotal, puesto que entonces las órdenes se podían recibir el mismo año.

Con referencia a su consagración sacerdotal, quiere dejar constancia de su actitud evangélica con una oración que resume sus grandes decisiones: "¡Divino Maestro! Tú... sabes muy bien que mi única ambición al abrazar el sacerdocio, es el deseo de vivir santamente... Tú me diste esta mira y deseo... en estos cuatro años que llevo de meditarlo, no he tenido la menor duda en seguir tus huellas... honores y riquezas no he deseado" (Diario 1865).

Esta actitud de seguimiento evangélico está encuadrada en el amor a Cristo crucificado, la devoción eucarística y mariana, el sentido y amor de Iglesia, el amor filial al Papa.

El P. José Antonio ha quedado modelado por el mensaje de Guadalupe, que es mensaje de misericordia. Él se considera sólo como un “Juan Diego cimarrón”. Con estas perspectivas evangélicas, los problemas “personales” se superan, para poder preocuparse principalmente de los intereses de Cristo Buen Pastor y, por tanto, de servir a los hermanos más necesitados.

No se entenderá nunca la vida de un apóstol, si no es a partir de su decisión de ser santo siguiendo el camino del Evangelio. Se trata de amar con todo el corazón según el mandato del amor y las bienaventuranzas, ser apóstol sin condicionamientos. Son decisiones que se apoyan en la gracia inmerecida de Dios.

Esta actitud evangélica produce siempre malentendidos especialmente en quienes tienen otra manera de mirar la historia y de afrontar la vida humana, cristiana y sacerdotal. Las tensiones entre apóstoles se originan ordinariamente en estos malentendidos. Los santos las superan con humildad y caridad, reconociendo la propia debilidad y comprendiendo la debilidad de los demás, pero sin ceder a las exigencias del Evangelio.

El itinerario sacerdotal marcado evangélicamente desde el despertar de la vocación

Ya en sus cartas a su hermano mayor José María, cuando habían comenzado a brotar los síntomas de su vocación sacerdotal, había intuido el sentido esponsal del sacerdocio, para compartir la misma suerte de Cristo presente en su Iglesia: "El sacerdote se desposa con la Iglesia" (carta del 24 de enero de 1862).

Esta actitud evangélica será el fundamento de su acción misionera. El año 1862 le marcó para toda su vida por dos acontecimientos: La canonización de San Felipe de Jesús (protomártir mexicano en Japón), y la visita al Cenáculo de Jerusalén. Al describir su visita al Cenáculo, que es su primera visita a Tierra Santa, se siente envuelto en el ambiente misionero de los primeros discípulos de Jesús. Así lo anota en su Diario: "De allí salieron los Apóstoles a predicar el Evangelio a todo el mundo".

La decisión de seguir a Cristo por el camino evangélico de la pobreza, la tomó el P. José Antonio ya en estos Ejercicios, dos años antes de la ordenación. Sus afirmaciones, a las que aludimos con frecuencia en nuestro estudio, las tomamos ahora en todo su contexto: "Propongo no ambicionar riquezas, honores, ni distinciones y tratar de conformarme en todo con la voluntad de Dios. No haré nada para agradar a los hombres sino por el amor de Dios... viviré pobremente y no me quejaré de mi suerte; sufriré con gusto lo que Dios me mande; haré por imitar en todo a Jesucristo mi Salvador... vivir pobremente y hacer obras de caridad con lo que debía de gastar en otras cosas mundanas, ser parco en el comer, beber y dormir... De hoy en adelante procuraré irme quitando el amor a las cosas de este mundo y aficionarme a la pobreza. Procuraré no hablar bien de mí mismo y no alegrarme de que otros lo hagan, para irme disponiendo a sufrir y aun amar el desprecio y la humillación que me pueden venir en esta vida" (Ejercicios, mayo de 1863).

Le impresionó el ejemplo de Cristo, el Verbo encarnado, y la acogida humilde y generosa de María: "Entonces el ¡Verbo! el Unigénito del Padre se ofrece como víctima... María meditaba en la venida del Mesías y suplicaba a Dios que llegare ese feliz momento; cuando Gabriel la saluda Ave gratia plena. Ella turbada no haya qué responder. Su humildad hizo vacilar aquella fe viva y ardiente, pero la obediencia le dio fuerza. Hágase en mí según tu palabra dijo Ella llena de humildad y entonces el Espíritu Santo, descendió sobre ella. ET VERBUM CARO FACTUM EST" (Ejercicios 1863).

Se decide imitar la vida humilde de Jesús, siguiendo también el ejemplo de la Santísima Virgen. Y llega a esta conclusión: "Si Dios se humilló de tal manera, fuerza es que yo piense en humillar mi orgullo. Si la Virgen recibió aquel honor con tanta humildad y aún pavor, fuerza es que yo sea humilde y tema los honores, en lugar de ensoberbecerme y desearlos" (ibídem).

La vida pobre de Jesús prolongada en la propia vida

Le cautivó siempre el ejemplo de pobreza y humildad de Cristo recién nacido en Belén, y desea poner en práctica en su propia vida la vida pobre de Jesús: "¡Oh Dios mío! ¿Por que recibieron el tiempo y las creaturas de tan vil manera a su Creador? Porque El así lo quiso para enseñarnos, que el orgullo, las riquezas y los honores se oponen a la doctrina que nos vino a enseñar. ¿Pues si esto hizo mi Señor por mí, para qué es cuidarme tanto? ¿Para qué adquirir riquezas y honores? PROPÓSITO: Viviré pobremente y no me quejaré de mi

suerte; sufriré con gusto lo que Dios me mande, haré por imitar a Jesucristo mi Salvador” (Ejercicios 1863).

La convicción de ser “instrumento” le ayudará a ahondar en la humildad y confianza. Se inspira en la misión confiada por Cristo a los Apóstoles: “Sus ministros sólo son instrumentos ... PROPÓSITO: Cuando se me vengan a la cabeza las dificultades y privaciones, que hay en el estado del Sacerdocio, recordaré que el Sacerdote es un instrumento que sólo tiene vida cuando está en manos de Dios y que de por sí, nada puede” (Ejercicios 1863).

El ejemplo de Cristo durante la pasión y el testimonio de los apóstoles y mártires de todos los tiempos, le cautivó para seguir al Señor por el camino evangélico de la pobreza y humildad, como describe en la meditación de las dos banderas en relación con la pasión: “En el otro campo está Jesucristo, pobre, desnudo, ensangrentado, y hecho mil pedazos. Los Apóstoles lo rodean y tiene en las manos cada uno de ellos los instrumentos de su martirio. Todos a una voz nos llaman a imitarlos y me exhortan diciéndome. Sed pobre y serás rico, sed humilde y serás ensalzado, sed perseguido y gozarás de eterna paz, sed mártir y serás coronado; me prometen en suma eterna recompensa por pasajera privación y me invitan a pelear contra Lucifer conquistándole almas a Jesucristo... La pasión de Cristo será mi coraza; su Palabra Divina, mi clarín y sus promesas, el laurel de mi victoria” (Ejercicios 1863).

Y precisamente el seguimiento evangélico al estilo de los Apóstoles fue determinante para decidirse definitivamente a la vocación sacerdotal: “Esto ha sentido mi corazón con las meditaciones que preceden. Con la elección de los Apóstoles, desaparecieron todas las dificultades que mi vocación encontraba, las cuales provenían de que yo pensaba en lo mucho que tiene que saber un sacerdote y lo poco que yo sé; la mucha virtud y privación que se requiere y lo flaco de mis fuerzas; las muchas tentaciones y la facilidad con que yo caigo; y pensaba en todo esto, sin pensar que el hombre de por sí, nada puede y que Dios lo hace todo” (Ejercicios 1863).

A la luz del misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado

La vida sacerdotal de pobreza y desprendimiento es una consecuencia de meditar la vida y pasión del Señor: “Con las meditaciones de la vida de Cristo, me vinieron grandes deseos de imitarlo en todo y un grandísimo deseo de despreciar las cosas de este mundo y negarme a mí mismo. La idea de vivir

pobrementemente y hacer obras de caridad con lo que debía de gastar en otras cosas mundanas, de ser parco en el comer, beber y dormir; de entregarme enteramente a la voluntad de Cristo y poner los medios para hacerla, me hizo saltar de gusto todo el día y aún ver con gusto los pensamientos de encarcelamiento, martirio, etc. etc.” (Ejercicios 1863).

Las negaciones que derivan de la vida de seguimiento evangélico son fuente de gozo pascual, a la luz de la resurrección de Cristo: “De la Resurrección del Señor, hemos de sacar grande alegría y gozo espiritual; porque lo mismo nos ha de suceder a nosotros el día del juicio, si lo imitamos en su pobreza, humildad, paciencia y demás virtudes en esta vida. ¡Dichosos nosotros que hemos recibido la luz del Evangelio! Imitemos a Cristo para resucitar con El!” (Ejercicios 1863).

La meditación sobre la Ascensión del Señor, en el contexto del envío misionero, es fuente de inspiración para seguir evangélicamente al Señor, con la ayuda de María: “Concédeme ¡oh divino y amadísimo Jesús! que yo sea fiel imitador tuyo en este mundo... te lo pido por vuestras cinco llagas sacratísimas y por el amor de aquella Madre bendita que te acompañó en tu última agonía... ¡Divino Maestro! Tú que desde el cielo estás viendo el interior de mi corazón, sabes muy bien que mi única ambición en el abrazar el sacerdocio, es el deseo de vivir santamente para poder morir santamente y sin remordimiento. Esta ha sido mi única mira al escoger estado: el Sacerdocio es según mi parecer, el único en que yo la podré alcanzar” (ibídem).

Esta decisión del seguimiento evangélico radical la ratifica apoyado en el consejo de sus confesores y la va concretando en la perspectiva de una acción apostólica más fructuosa: “Tú me diste esa mira y deseo; Tú no contradices los medios que pongo para alcanzarlo; yo obro de buena fe; todos mis confesores y las personas que he consultado, creen que tengo verdadera vocación; siempre que he estado en paz contigo, en estos cuatro años que llevo de meditarlo, no he tenido la menor duda en seguir tus huellas; en los ratos de tibieza y vacilación, no he tenido valor para abrazar otro estado; mi mayor complacencia ha sido el imaginarme entregado todo a tu servicio y a la salvación de las almas” (ibídem).

En estos deseos, ya antes de su ordenación, deja correr su fantasía imaginándose ya ejerciendo el ministerio en su patria, pero siempre sin buscar honores ni riquezas. En el capítulo precedente hemos citado una parte de esta afirmación, que ahora completamos: “Mis jardines, siempre han sido, el

imaginarme en mi Patria, viviendo pobremente y empleando mi herencia en socorrer a los pobres, predicando, dando ejercicios, catequizando y gastando en fin los días y noches en tu santo servicio; mi mayor deseo ha sido siempre, el ser digno de tu altar y padre verdadero del Pueblo que pongas en mis manos; honores y riquezas no he deseado” (ibídem).

Es consciente de que estos deseos, como la misma vocación sacerdotal, son un don recibido del Señor, al que quiere ser fiel ayudado de la gracia y por intercesión de María: “Siendo esto así y como Tú lo sabes, ¿podré dudar que me llamas a tu servicio? o que mi vocación no viene de Ti? Ciertamente que sería un temerario si tal creyera. Yo conozco mi incapacidad e imperfección y esto es lo que me ha hecho vacilar tanto pero, ¿qué puede o qué es el Sacerdote sin tu ayuda? No puede ni una jota, es un inanimado instrumento. Esperando pues en tu ayuda y protección y confesando mi indignidad, quiero continuar preparándome para la carrera que me has señalado, y reconociendo el camino que me marcaste con tu divina Sangre. Ayudarme a cumplir los propósitos que he hecho en estos Santos Ejercicios y dadme tu santa gracia para perseverar en ellos hasta la muerte. Madre mía Santísima, en vuestras purísimas manos me pongo para que me hagáis fiel imitador de vuestra pureza y humildad. Amén” (ibídem).

El día de su ordenación redactó una oración en la que puede apreciarse el significado que atribuye a su entrega a Cristo y a la Iglesia por la decisión de vivir en castidad evangélica: "Que jamás, jamás, jamás, manche el solemne voto de castidad, que hoy renuevo poniendo mi cuerpo en la llaga del costado de Nuestro Señor Jesucristo y en las purísimas manos de María Santísima" (11 junio 1865).

Vida evangélica ratificada constantemente en medio de las pruebas

Ya sacerdote y ejerciendo los ministerios en Jacona, recuerda continuamente su entrega inicial para seguir la vida evangélica de Cristo y de los Apóstoles: “Dios me separó del siglo, para que fuera mejor que los seculares; me consagró a Él, con los votos de Pobreza, Castidad y Obediencia” (Ejercicios 1869).

Una prueba de su actitud de seguimiento evangélico, actitud que ya se reflejaba en sus escritos anteriores a su ordenación sacerdotal, fue el hecho de no aceptar el nombramiento de canónigo que quería hacer el obispo de Zamora. El P. José Antonio tomó su decisión en los Ejercicios de abril de

1871, para ser fiel a sus deseos de seguir a Cristo dejándolo todo por él: "Resultó que debía renunciarla (la canongía) y permanecer en Jacona".

De hecho, el P. José Antonio había acudido a su tío Don Pelagio (arzobispo de México) y éste escribió al obispo de Zamora una carta (2 de junio de 1871), en la que describe la fisonomía espiritual de su sobrino y defiende su decisión de seguimiento evangélico: "Trayendo a la memoria los antecedentes de ese joven eclesiástico, sus propósitos y tendencias confirmadas con su modo de obrar aún en Roma, en los primeros días de su Sacerdocio, y cuando a pesar de los deseos del Santo Padre y de las instancias de Monseñor Cardoni, Presidente de la Academia Eclesiástica, rehusó por sí espontáneamente un título que de justicia le tocaba y lo ponía en la carrera prelatía, yo no he podido menos que apoyar sus resoluciones de no aceptar ningún puesto que lo comprometa de algún modo a optar por la paz de su alma, el espíritu de su vocación o el grado de mayor perfección a que aspira".

El P. José Antonio ejercía, pues, sus ministerios en la diócesis de Zamora, no por intereses personales, sino por su dedicación pastoral especialmente en el campo de la educación de la juventud. Y así lo deja escrito: "Dios arregló todo... el Ilmo. Sr. Peña aprobó mi renuncia, en vista de las razones que le expuse".

Ser signo de cómo vivió y amó Jesucristo, apoyado en la oración

La figura de Cristo, que vivía pobremente mientras pasaba evangelizando y haciendo el bien, captó siempre el corazón del P. José Antonio: "Jesucristo viajaba a pie, se alimentaba con alimentos ordinarios, no tenía casa propia, vestía pobremente pero con decencia. ¡Todo esto lo hizo para enseñarnos! Y que yo siendo Su Ministro, ¿No podré imitarlo aunque sea imperfectamente? Sí, y lo haré, porque es mi deber, aunque sea nomás conformándome con Su Voluntad y que no tengo valor para imitarlo buscando estas cosas" (Ejercicios 1872).

La dedicación plena a la vida apostólica supone profundizar en la vida de oración, a imitación del mismo Jesús: "*Jesús erat pernoctans in oratione Dei.* ¿Y qué en mí el Sacerdocio producirá, el alejamiento de la oración? No, antes al contrario pues ahora es cuando más necesito de ella. Desgraciado seré el día que pase sin media hora de Meditación" (Ejercicios 1872).

Muchas veces siente miedo a perder su línea inicial del seguimiento evangélico. Entonces pide luz y fuerza al Señor: “¡Ah Señor, Tú sabes cuán santas y rectas han sido mis intenciones en esas empresas! no permitas que yo las corrompa o inutilice de manera alguna; antes al contrario, permite que ellas sean mi mayor consuelo a la hora de la muerte” (Ejercicios 1877).

Su examen continuo sobre su pobreza en el uso de los bienes

Las riquezas indebidas en la vida eclesial y concretamente en la vida clerical, han dado pie a grandes persecuciones en la Iglesia. No obstante, los sacerdotes están llamados imitar la pobreza del Señor: “Dios permite los despojos y saqueos de los templos y el robo de sus haciendas en castigo de la avaricia de los clérigos. Las riquezas es lo que más incita a nuestros enemigos a destruirnos y perseguirnos... La avaricia es odiosa y repugnante en todo el mundo, pero especialmente en los sacerdotes que tenemos a Cristo por modelo, quien desde su nacimiento hasta su muerte, les hizo cruda guerra a las riquezas abrazando la suma pobreza” (Ejercicios 1877).

Personalmente hace un examen detallado de conciencia sobre el uso de su bienes materiales, honores, afectos, etc.: “La cuenta será estrechísima! Se me preguntará del uso de mis bienes de fortuna, y viéndolos gastados en bien el prójimo, se examinarán los gastos superfluos, de ostentación, de comodidad personal etc. que haya en mis obras. Y de mi poderío e influencia ¿qué diré? del cariño, respeto etc. ¿qué uso he hecho? Todo debía ser empleado en salvar almas, pues es mi única misión ¿lo he hecho así? No le habré robado alguna a Cristo, en vez de darle? ¿No habré perdido alguna, en vez de salvarla? Sólo Tú lo sabes Dios mío; pero si por desgracia ha sucedido, no fue intencionalmente y te prometo ser más cauto y vigilante en lo venidero” (Ejercicios 1877).

En este examen minucioso de conciencia sobre su actitud sacerdotal, redacta una lista larga de consultas y del parecer recibido de las personas consultadas. Además de discernir sobre la plena dedicación al apostolado sin dejar sus medios de vida espiritual, consulta también sobre el riesgo de buscar aceptación en las obras apostólicas: “De la tristeza y abatimiento que siento de que algo me sale mal, y el gozo que experimento de que me salen bien; lo mucho que me satisface el aplauso y lo que interiormente me puede la censura de mis obras, ¿será indicio de que nada hago por Dios, sino todo por quedar bien? Me contestó que no, que está bien así, y que es muy natural, que esté

tranquilo, pues ni busco el aplauso, ni el vituperio me detiene en la carrera del bien o me hace abandonar lo emprendido” (Ejercicios 1877).

Desprendimiento respecto a los cargos y testimonio de santidad

Consulta también su actitud interna de desprendimiento en cuanto a los cargos: “Sobre que estoy muy engreído en Jacona y en el Colegio y que no me siento con la indiferencia de antes para dejarlo, y que eso sería para mí un sacrificio, al cual obedecería, pero con trabajo. Que eso nada tiene de malo ni de peligroso mientras esté resuelto a obedecer, aunque sea con trabajo pues eso sería más meritorio” (Ejercicios 1877).

Pero lo más importante es el testimonio de vida santa por parte del sacerdote a imitación de la vida santa de Jesucristo: “Es indispensable la Santidad en el Sacerdote. La santidad del sacerdote debe estar basada en la Imitación de Jesucristo; ese es el modelo que hemos de estudiar e imitar en todas ocasiones y circunstancias. Debemos tenerlo continuamente delante de los ojos y ver muy a menudo su sagrada imagen, con los ojos del cuerpo y del alma” (Ejercicios 1877).

El ejemplo y la intercesión de María es indispensable para cumplir debidamente con todos estos deberes sacerdotales: “Es indispensable para la salvación. No podemos amar a Jesucristo sin amar a María Santísima, porque El la amó y nos mandó amarla en el hecho de habérsela dado por Madre. Porque ella fue corredentora nuestra y la pasión de Cristo es inseparable de María Sma. y no puede amarse la una sin la otra. Es indispensable para un Sacerdote. A todos los hombres les fue dada María por Madre y protectora, pero más especialmente a los sacerdotes, por razón de que S. Juan en quien fuimos representados era Sacerdote y apóstol. Un sacerdote no debe separarse de María. El cuidado de la Sma. Virgen, fue encomendado a Sn. Juan y éste, jamás se separó de ella durante el ejercicio del apostolado, para darnos el ejemplo de que en todas nuestras empresas y operaciones evangélicas, debemos de estar acompañados de la Sma. Virgen, para tener buen suceso” (Ejercicios 1877).

Con frecuencia recuerda sus propósitos iniciales de entrega evangélica, y se inspira en ellos para continuar en su entrega generosa: “Tú sabes con cuánto desinterés y buena fe me consagré a tu divino servicio. Tú sabes que sin más interés que tu gloria y el bien del prójimo entré al Santuario” (Ejercicios

1878).

Siempre está preocupado por ser fiel a su vida espiritual, especialmente por estar totalmente dedicado al ministerio: “¡Cuán grande es mi obligación, siendo sacerdote, de rezar bien el Oficio Divino; de ofrecer fervorosamente el Sto. Sacrificio, y de no descuidar de mi alma por salvar las de otros! Pondré especial cuidado en la preparación para la Misa, y en no omitir mis devociones particulares, especialmente el Rosario” (Ejercicios 1888).

Estos medios de perseverancia explican su afirmación, ya casi al final de su días, sobre su actitud evangélica habitual: "Jamás he pretendido dignidades, y cuando me las han ofrecido, las he rehusado" (Carta 4 junio 1895). "Siempre me he considerado indigno de la Mitra, y por eso nunca la había pretendido" (Carta 26 agosto 1895). "La Mitra ni la merezco, ni la deseo, ni la acepto... Ya Dios me ha dado el premio, librándome de perder la fe y permitiendo que mi adhesión a la Sta. Iglesia Católica, Romana, sea más fuerte cada día" (Carta 8 enero 1898).

En el momento de la prueba, imitar a Cristo y a María

Las dificultades de la vida sacerdotal, si se afrontan con espíritu evangélico de paciencia y perdón, se convierten en fecundidad apostólica. Se refiere concretamente al hecho de haber sido cesado de párroco de Jacona, pero también a las dificultades encontradas en la Colegiata de México: “La experiencia me enseña que Dios lo dispone todo para mi mayor bien. El terrible padecimiento de Jacona, en el cual procuré hacerme indiferente, me atrajo los copiosísimos frutos que estoy cosechando en México. La formidable guerra de los Opositores a la Coronación, sirvió para que emprendiera por completo la reforma de la Colegiata y así ha sucedido en todos mis males y persecuciones. Seguiré pues con empeño las obras del Señor” (Ejercicios 1888).

La pobreza y fatigas experimentadas por Jesús en Belén, son ahora la pauta de la vida sacerdotal y un reclamo de renovación, pero necesitan el cariño de la Virgen, ahora expresado por la caridad del sacerdote: “¡Cuántos trabajos, fatigas, frío, mojadadas, caídas, hambres, sustos! ¡asoleadas, malas noches! ¡Con cuánta paciencia y alegría lo sufren todo por amor a Dios, y bien de los hombres! Yo, en mi ministerio, busco todas las comodidades, y cuando me faltan me impaciento. ¡Sus parientes no lo reconocieron! ¡no lo recibieron!

¡Cuántas veces yo, Sacerdote no lo recibo dignamente no lo reconozco ni en las gracias ni en los castigos! ¡Cuántas le cierro las puertas a la hora que me toca y llama! ¡El Rey de la Gloria nació en un establo abandonado! ¡Cuántas veces le recibo yo en un pecho más inmundo que aquel establo! María lo calentaba con su amor yo lo enfrió con mi indiferencia” (Ejercicios 1888).

El ejemplo de santidad y martirio de San Felipe de Jesús son una señal de que es siempre posible ser santo sacerdote por medio de una vida evangélica y con la ayuda de la gracia por intercesión de María: “Yo sí quiero, lo deseo ardientemente, seguir a Cristo. Conozco mi flaqueza, pero hallaré apoyo en María Santísima. A tí me vuelvo, oh dulce madre, y te suplico me alcances, de tu Divino Hijo, y Señor mío, la gracia de ser recibido bajo tu estandarte. Obtenme la suma pobreza espiritual, para que desprendiéndome de las cosas del mundo, me haga apto para seguirlo de veras e ir obteniendo las demás virtudes. Amén” (Ejercicios 1888).

Siempre sobresale el recuerdo de la pasión del Señor con sus humillaciones, para poder afrontar la vida apostólica sin buscar la comodidad y los aplausos: “A tí me consagré con purísimas intenciones, amorosísimo ¡Jesús mío! y no quiero perder ese mérito por los vanos aplausos del mundo y contentamiento de mi corrompida naturaleza. Tuyo soy, todo tuyo, y nada más que tuyo, y así quiero permanecer hasta el último instante de mi vida, para que Tú seas mío por toda la eternidad. Amén” (Ejercicios 1888).

Los mismos sentimientos y actitudes de Jesucristo

“Imitar” a Jesucristo resume todo el programa de la vida sacerdotal. Es el programa constante del P. José Antonio, desde el inicio de su acción ministerial hasta el final: “Debo imitar a mi Señor Jesucristo; tengo obligación de copiarlo; a eso me he comprometido siendo sacerdote del Altísimo. Debo tenerlo siempre presente en mis trabajos, en mis humillaciones, en la caridad para con el prójimo, en el amor santo a los niños, en la indulgencia y en el perdón” (Ejercicios 1894).

Obediencia, sacrificios, humildad, dificultades, pobreza, es el resumen de la vida de Jesús y María, y de todo sacerdote: “Trabajos de la Santísima Virgen y virtudes que ejercitó en el camino y en Belén. La obediencia a una ley injusta, dura, y a la cual no estaba obligada. ¡Cuánto cansancio, hambre, sed, frío, etc. en el camino... . ¡Cuánta humildad y paciencia para sufrir alegre y contenta

esos desprecios! ¿Podré, yo quejarme de los pocos que sufro? ... ¿Puede darse mayor pobreza, pena y humildad en un niño recién nacido?” (Ejercicios 1894).

La presentación de Jesús en el templo y el exilio en Egipto corroboran esta llamada a vivir la humildad, obediencia y pobreza evangélica: “¿Qué obediencia tan heroica y admirable! ¿tan santa y tan perfecta! ¿He tenido yo que obedecer en cosa tan difícil como esa?... Y sin embargo qué imperfecta ha sido mi obediencia. ¿Y soy sacerdote, imitador de Jesucristo! Recordar, esto cuando me manden cosas difíciles que me desagraden” (Ejercicios 1894).

Sencillez, transparencia, comprensión, amabilidad, en Jesús y en el sacerdote: “Nada fingido, nada postizo, nada de doblez había en N. S. J. Su vestido, su porte, sus palabras, sus discursos, sus acciones, estaban revestidas de sencillez. Así debemos ser los sacerdotes, y yo me empeñaré en serlo, y cuidar, mucho de no andar con dobleces y ser muy prudente para que mi franqueza característica no sea dolorosa u ofensiva a nadie, o sea tan dulce cuanto sea posible” (Ejercicios 1894)-

La humildad y mansedumbre son las armas con que se conquistan las almas, como en la vida de Jesús. El sacerdote está llamado a ser transparencia y portador de la mansedumbre y compasión del Señor: “Su profunda humildad. Esta virtud fue su arma en la conquista de las almas, y de la que debo yo armarme para poder hacer algún bien. ¿Cómo cautiva el Sacerdote manso y humilde! ¿Cómo repele el iracundo y soberbio! ¿Hazme, Señor, manso y humilde de corazón!” (Ejercicios 1894).

La llamada de Jesús a seguirle cargando con su cruz, sigue siendo siempre actual y en todas las ocasiones de la vida, incluso para conseguir el cambio de la misma sociedad humana: “El que quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y 3o. sígame. ¿Cuánta maravilla no ha obrado en el mundo este convite! ¿Quién podrá contar el número de mártires, de confesores y de vírgenes? ¿Quién no se admiró de la transformación que obró en el mundo esta doctrina? ¿Quién deja de ver las maravillas que actualmente obra? ¡Ay! ya empiezan a confesar, aún los más ciegos, que ella es el único remedio que tiene la actual sociedad para salir del espantoso caos en que la ha sumergido el liberalismo y la masonería. Yo que he abrazado el sacerdocio, debo negarme a mí mismo, tomar mi cruz y seguir a Cristo” (Ejercicios 1894).

La decisión, con la ayuda de la gracia, llega a un nivel al que el P: José Antonio quiere aspirar, como tercer grado de humildad, como perfecta

imitación de la vida de Jesús: “Preferir siempre que fuere la voluntad de Dios, la cruz de los trabajos, desprecios, humillaciones, calumnias, persecuciones y todo género de padecimientos, para más asemejarnos a N. S. Jesucristo. Esto ya es perfectísimo, y muy difícil, pero con la ayuda de Dios, podemos alcanzarlo” (Ejercicios 1894).

Según el estilo de vida evangélica de los Apóstoles

Al considerar cómo Jesús llamó y envió a los Apóstoles, se abre el corazón a la posibilidad de responder actualmente a esta llamada. La propia debilidad ya no es un obstáculo si se acepta para transformarla: “Fueron llamados unos hombres pobres, rudos, ignorantes, miserables pescadores de Galilea. Yo entre todos mis condiscípulos fui el más indigno de ser llamado al apostolado; ni virtudes, ni talento, ni aplicación, ni estudios, ni nada. No quiero ni pensar en esto, y me consuelo con confesar que soy Sacerdote por la pura misericordia de Dios. Por este conocimiento de mí mismo, resolví nunca pretender ni aceptar ninguna dignidad eclesiástica; propósito que he cumplido fielmente, que ratifico y confirmo ahora en la presencia de Dios” (Ejercicios 1894).

El seguimiento evangélico de los Apóstoles tiene el significado de la dedicación al apostolado para salvar almas. Es el mejor tesoro que Cristo ha confiado a su Iglesia: “Exige de sus discípulos todas las virtudes necesarias para la pesca de almas. Más hace el sacerdote con el ejemplo que con la palabra. Si he hecho mucho bien, mayor lo habría hecho, si hubiera adelantado más, en corregir mis defectos y en adquirir las virtudes. ¡A ver si en esta vez no para en puros deseos, sino en obras, pues la vida ya se está acabando! Ayúdame Señor, a ser fiel en mis promesas. Les confía la salvación de las almas. Mayor tesoro no podía confiarles” (ibídem).

Se hace la aplicación a sí mismo sobre este encargo de las almas y lo concreta especialmente en la fundación religiosa y en las jóvenes atendidas: “¿Y a mí, cuántas almas me ha confiado? Las principales son las de las congregantas y huérfanas. ¿He trabajado mucho en salvarlas? Todos dirían que sí, pero mi conciencia dice que no; que aún me falta mucho qué hacer y perfeccionar. Al efecto me propongo estudiar para instruir las mejor. Asistir a su congregación los domingos y días festivos y hacer con ellas el Retiro mensual. Para lograr esto, confesaré en México los sábados por la mañana en vez del domingo. Ayúdame Señor a ser fiel” (ibídem).

Pero para vivir esta exigencia apostólica y evangélica, que es un don de Dios, hay que orar y pedir oraciones, como han enseñado siempre los santos: “Los Apóstoles y los primeros cristianos oraban continuamente, por sí y por los demás; solos y congregados, según las circunstancias; pero para todo se valían de la oración. Todos los Santos han tenido el espíritu de oración; y en nuestros días todos los buenos lo tienen” (ibídem).

La luz, la fuerza y el gozo de la esperanza que provienen de Cristo crucificado

La fuerza de la vida espiritual y apostólica proviene de mirar a Cristo crucificado y dejarse mirar por él: “Ser muy devotos de la pasión de N. S. Jesucristo meditando mucho en ella y animándonos más y más a conseguir el tercer grado de humildad, esto es: a querer ser pobres con Jesucristo, humillados, perseguidos, calumniados y crucificados con él, más bien que ricos, honrados, queridos, alabados y acariciados en el mundo” (Ejercicios 1894). Es la clave para ser trasunto de su amor misericordioso.

Ante Jesús crucificado recobra todo su sentido la vida de pobreza, humillación y sacrificio. Son los tres puntos de meditación, podríamos decir, que moldearon la vida y el corazón del P. José Antonio:

“1° Su pobreza. “Las zorras tienen su madriguera, y las aves su nido, pero el Hijo del Hombre, no tiene dónde reclinar la cabeza”. Desde que nació hasta que murió practicó la pobreza en sumo grado.

2° Su humillación. Murió como facineroso, crucificado en medio de dos ladrones: fue pospuesto a Barrabás; lo vistieron de loco y de Rey de burlas; el mal ladrón lo Insultaba.

3° Sacrificio. Su vida fue un continuo sacrificio; y en su muerte nada penoso quiso omitir. Todos y cada uno de sus miembros fueron atormentados, hasta la lengua, que le había quedado sana, sufrió la sed devoradora” (Ejercicios 1894).

Hasta el final de su vida se reafirmará en su resolución asumida en los días de su ordenación sacerdotal: “Mi promesa de no admitir ninguna dignidad” (carta de 1896). Y así lo reconfirma también cuando le habían propuesto ser obispo residencial: “Me aterra esta mitra que nunca he apetecido, para la cual me juzgo incapaz” (apunte de abril de 1898).

Por el hecho de vivir esta libertad del seguimiento evangélico, pudo

manifestar siempre el tono de esperanza y de sintonía con la voluntad de Dios, como consta en el contexto de sus últimas palabras: "Todavía me falta mucho para poder decir: Todo está consumado... Lo que Dios quiera".

Ser reflejo de la vida y del modo de amar de Jesucristo

La decisión de imitar la vida evangélica de Cristo la tomó el P. José Antonio, guiado por la gracia, meditando el evangelio en su corazón desarmado y sin defensas. Humanamente es inexplicable esta decisión, cuando el ambiente favorecía otras oportunidades o maneras de asumir la función sacerdotal. El tiempo dedicado a la oración, especialmente en los Ejercicios Espirituales, fue determinante.

Así quedó marcado desde el inicio de su vocación. Fue un estreno de autenticidad. Ya nada ni nadie podría romper esta decisión, a pesar de las limitaciones que surgen en el decurso de toda vida humana.

Más que imitar una modalidad de vida, se sigue a una persona, Jesucristo, que ha conquistado el corazón. Él llama, acompaña, hace posible la entrega, porque se le ha dejado entrar en la propia vida como en su propia casa. La vida pobre de Jesús se prolongará en el apóstol, para que se transparente la persona del mismo Jesús. Entonces él contagia al apóstol de su misma compasión y misericordia.

La pobreza y humildad de Belén, Nazaret y vida pública de Jesús, tiene el sentido de un itinerario pascual. Es cruz o propiamente actualización del crucificado, que ya, de algún modo, deja entrever la resurrección. El examen de amor que hace Jesús desde la cruz, será determinante para superar todas las pruebas. Para quien cree en el amor de Cristo crucificado, es posible transformar las humillaciones y calumnias en una nueva posibilidad de compartir la misma suerte de Cristo. Así puede ser testigo y servidor de la misericordia del Señor.

La debilidad humana continúa toda la vida, también en quienes se han adentrado por los caminos del Evangelio. El examen de las reacciones del propio corazón, la confesión de las propias faltas y la puesta en práctica de los medios de santificación garantizados por la Iglesia y practicados por los santos, será el secreto de la perseverancia.

Y la oración será siempre la piedra de toque. Porque la oración, en el P. José

Antonio, consiste en dedicar el mejor tiempo para el Señor, es decir, para la persona amada. Se tiene tiempo para las almas, se tiene tiempo para la oración, sencillamente porque se tiene tiempo para Cristo que espera en su Evangelio, en la Eucaristía, en el corazón de cada humana y en cada situación histórica.

Es interesante notar que la experiencia de la misericordia divina potencia para liberar el corazón de todo apego a honores, riquezas y cargos. Se ha encontrado el tesoro evangélico y todo lo demás se usa en el grado en que ayude a realizarse amando al Señor y a los hermanos.

Siempre se cuestionó al P. José Antonio sobre dar testimonio de lo que predicaba y enseñaba. El evangelio quema y, por tanto, ilumina con la verdadera luz el propio corazón, antes de que sea predicado a los demás.

La Virgen María entra espontáneamente en la propia vida. Se la encuentra siempre junto a Jesús, tanto en el Evangelio (predicado o meditado) como al celebrar los misterios del Señor en los sacramentos y en toda la liturgia. Las expresiones marianas de piedad popular, si son auténticas, son una garantía de que el Evangelio ha llegado al corazón de un pueblo.

A Jesús no se le conoce por una teoría sobre él, sino por medio de vivir en sintonía con sus “sentimientos” (cfr. Fil 2,5), es decir, con sus criterios, actitudes y escala de valores, su mismo amor misericordioso. El amor convence más sobre la doctrina, porque lleva la doctrina a la práctica.

El ejemplo de los Apóstoles, que comienzan a dejarlo todo por Jesús y reciben la misión en estas perspectivas de desprendimiento, le entusiasmaba al P. José Antonio. Los compromisos evangélicos los asumiría bajo esta perspectiva de imitar la “vida apostólica” de los primeros seguidores de Jesús. Por esto sería capaz de comprender la importancia de esta realidad evangélica en la forma de la vida consagrada que delineó para su fundación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, quienes estaban también llamadas a ser testigos y servidoras de la caridad y misericordia del Señor.

La clave de su testimonio y de su servicio de misericordia está en el amor apasionado por Cristo. Lo resumimos a continuación, repitiendo algunas de sus afirmaciones más impactantes:

"Viviré pobremente y no me quejaré de mi suerte... por imitar a Jesucristo mi Salvador" (Ejercicios, 1863).

"Te lo pido por vuestras cinco llagas sacratísimas... acercarme a ofrecer tu preciosísima sangre... y reconociendo el camino que me marcaste con tu sangre" (Ejercicios, 1863).

"No he tenido la menor duda de seguir tus huellas" (Ejercicios, 1864). "Me consagré a Él, con los votos de pobreza, castidad y obediencia" (1869).

"Jesús nació dándonos ejemplo de humildad, de pobreza y de penitencia... Yo debo imitar en estas tres virtudes a mi Señor" (Ejercicios, 1872).

"Debo seguir el ejemplo de Cristo... oración que imite y estudie a mi Jesús" (Ejercicios, 1863). "La santidad del sacerdote debe ser basada en la imitación de Jesucristo" (1877).

"No tengo que escoger. Alistado estoy bajo juramento... me armaré de valor; estaré vigilante y con el ejemplo de mi Rey, triunfaré" (Ejercicios, 1888). "Yo sí quiero, lo deseo ardientemente seguir a Cristo" (ibídem). "Tuyo soy, todo tuyo, y nada más que tuyo" (ibídem).

"Así, Jesús, mío, concédeme tal olvido de mí, que mi querer sea tuyo y sólo para Ti... No soy yo quien quiero, quien en mi quiere es Dios" (final de Ejercicios, 1894).

"Yo lo acepté, alistarme en la milicia del Rey... Debo imitar a mi Señor Jesucristo; tengo obligación de copiarlo; a esto me he comprometido siendo sacerdote del Altísimo" (Ejercicios 1894).

Bajo este prisma del seguimiento evangélico, como garantía de una vida totalmente dedicada a anunciar y comunicar a Cristo Salvador, se puede entender mejor el alcance de la fundación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe.

Un legado de confianza en la misericordia, que estamos llamados a imitar, custodiar y comunicar

Un aspecto esencial de esta forma de vida, aplicada a la Congregación religiosa fundada por él, es el tono de confianza sostenido por la intercesión de la Madre de Jesús. Así, desde Vichy (Francia), les escribía el 8 de septiembre de 1883: “Tendremos cruces, pero existirá nuestra Congregación mientras que María sea Nuestra Esperanza y seamos fieles a su servicio”. Por esto sugiere recitar una oración jaculatoria, que incluye también la práctica del perdón de las ofensas: “*Jaculatoria*: Dadme valor y confianza, Madre mía de la Esperanza. *Práctica Piadosa*:... ofrecer las buenas obras del día por los que nos han hecho mal... De suerte que de N. Sra. de la Esperanza no nos separamos, en las 24 horas. ¡No deja de ser terquedad”.

Su clave consiste en perderlo todo para ganar. Si se tiene a Cristo presente que nos acompaña, se tiene todo no se necesita nada más. El año 1882 fue un año crucial, de cambio de rumbo, como quien firma un cheque en blanco. “El Señor pelea a nuestro lado ¿qué hay qué temer? Perder con Dios, es ganar, ¿por qué desconfiar? ¡*Valor y Confianza!* hijas mías. El Señor bendice nuestras obras como yo os bendigo a todas, con todo mi corazón” (C.E., III A.C., Vol. 4, 1882, p. 21). Y en este mismo año pudo escribir: “Cuarenta y dos años he vivido sobre la tierra y durante ese periodo ... aspiraciones de impartir a otros mi felicidad; anhelo de compartir mi bienestar con los menesterosos; y ahínco por el perfeccionamiento de la educación de la juventud. Por la gracia de Dios, mi pobrecilla alma hasta hoy se ha conservado virgen de todo interés bastardo y ajeno de la gracia del Señor y bien de las almas” (ibídem, p.26)

Al gozo pascual de la fecundidad apostólica sólo se puede llegar por el camino de la cruz. La fatiga del día a día y de las circunstancias dolorosas vividas con amor, que sólo Dios conoce, son la clave del éxito: “Nuestras penas diarias quedan generalmente ignoradas, pero en cambio, ante los ojos de Dios aparecen como flores encantadoras, nacidas el pie de la cruz, las que servirán para adornar nuestras almas de sin igual y eterna hermosura” (C.E., III A.C., Vol. 5, 1882, p. 43). Este camino tiene sentido sponsal, de compartir el mismo camino del Señor: “Vas, como en todas partes, a encontrar trabajos y contradicciones, pues no hay otro camino para que las vírgenes se unan a su esposo Jesucristo” (ibídem, p. 129).

El secreto de la perseverancia consiste en la confianza y decisión de compartir gozosamente la misma suerte de Cristo: “Háganse sordas, ciegas y mudas en el camino del Señor; agarren la cruz con los dos brazos y apriétenla bien para que no se les suelte, y verán como insensiblemente las mismas olas de la

tempestad nos arrojarán al puerto de salvación y verdadera felicidad” (C.E., III A.C., Vol. 4, 1883, p. 38).

Es, pues, siempre el amor apasionado por Cristo el que ilumina el camino de la vida espiritual y apostólica. Así vivió él y así amó él. La Iglesia esposa, simbolizada por las personas consagradas como “memoria viviente del Verbo Encarnado” (Juan Pablo II, *Vita consecrata*, n.22), vive pendiente de la misma “vida virginal que Cristo Señor escogió para sí y que la Virgen Madre abrazó” (Vaticano II, *Lumen Gentium*, n.46).

Así lo describe el P. José Antonio: “Cristo nació pobre y en un establo, abandonado de todos; vivió abandonado y luego perseguido, murió abandonado, pobre y perseguido... quien muere con Cristo resucita con Cristo, busca las cosas de arriba y las saborea y no las que están sobre la tierra. ¡Valor y Constancia! Y no hay que apartar el cáliz hasta beber las heces” (Cfr. Cartas a sus Congregantes, 1883, p. 273).

El tono de esperanza será habitual. Es un conjunto de confianza y tensión audaz. Todo procede de haberse dejado mirar por Cristo crucificado que examina de amor para conferir una nueva misión, la misión de empezar de nuevo todos los días, también en el momento final cuando humanamente, como en la cruz, parece todo perdido : "Todavía me falta mucho ... Lo que Dios quiera". Todavía se puede hacer lo mejor: darse en manos del Padre como Jesús. Dejó traslucir siempre un corazón crucificado y lleno de esperanza, que ha sabido perdonar. Murió el 26 de abril de 1898 en Tacuba (México, D.F.).

En su confianza inquebrantable podemos encontrar su propia experiencia de la misericordia divina. Nosotros, al recibir su herencia, podemos constatar que se ha cumplido su deseo: “Confío en el Dios de las Misericordias, que, no obstante mi indignidad, México ha de recibir por mi conducta, santos y santas hijas que la regeneren y sean fieles guardianes de la Santa Religión que nos legaron nuestros Padres” (C.E., III A.C., Vol. 4, 1882, p. 28).

Con esta actitud sacerdotal, reflejo de toda su vida, el P. José Antonio dejó constancia de cómo él había experimentado la misericordia divina, de cómo la sirvió anunciándola en la predicación y celebrándola en los sacramentos, y de cómo la vivió él mismo, como testigo, imitando la caridad del Buen Pastor. En su vida y en su ministerio sacerdotal (como testigo y servidor de la misericordia), verdaderamente llega a convertirse en “el signo del primado de la misericordia” (Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, n.17).

CRONOLOGÍA

I. VIDA

- Nació en la ciudad de México, D.F., el 23 de Diciembre de 1840.
- Fue bautizado el 24 de Diciembre de 1840 en la Parroquia de San Miguel de la Ciudad de México.
- Hizo sus primeros estudios en el Seminario Tridentino de Morelia, Mich., México.
- Fue llevado a Europa al Colegio de Santa María de Oscott en Birmingham, Inglaterra de 1856 a 1862 para estudiar Comercio; aprovechó además para tomar cursos de Ingeniería, Geografía, Física, Dibujo Mecánico, Astronomía, Historia, Música, etc. En Oscott le nació la vocación Sacerdotal y entonces estudió Latín, Filosofía y Francés.
- Decidió abrazar el Sacerdocio y pasó a Roma para sus estudios eclesiásticos en el Colegio Romano, teniendo como residencia la Academia Eclesiástica, 1862-1865.
- Recibió la Ordenación Sacerdotal en Tívoli, Italia, el 11 de Junio de 1865 de manos de Mons. Carlos Cigli, Obispo de Tivoli gran amigo de la Academia Eclesiástica de Roma.
- Celebró su Primera Misa el 13 de Junio de 1865 sobre el Altar de San Luis Gonzaga en la Iglesia de San Ignacio en Roma.
- Regresó a México, su Patria, en Noviembre de 1865.
- Fue Párroco de Jacona, Mich., México, por 15 años, del 27 de Noviembre de 1867 al 24 de Abril de 1882.
- Obtuvo de Propaganda Fide el Título y Privilegios de Misionero Apostólico Ad Honoris en 1877 y lo fue hasta su muerte.
- Fue el XVI Abad de la Colegiata de Guadalupe en la Ciudad de México, del 8 de Septiembre de 1895 hasta su muerte.
- Murió en la Ciudad de México, D.F., México, el 26 de Abril de 1898.
- Sus restos se encuentran en la Cripta de los Abades y Cabildo de Guadalupe desde el 23 de noviembre de 1990.

II. LEMA: Valor y Confianza.

III. SUS OBRAS

- Reformador de Seminarios, Promotor Vocacional y Formador de jóvenes mexicanos, aspirantes al Sacerdocio, enviando 60 jóvenes al Colegio Pío Latino Americano en Roma, de 1870 a 1898.
- Fundador de la Congregación de Religiosas Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, el 2 de Febrero de 1878 en Jacona, Mich., México, cuyo fin principal es la Educación Cristiana de la Niñez y de la Juventud, especialmente de la Mujer; la Asistencia a los Enfermos y a los Ancianos; las Misiones y la Catequesis Extraescolar.
- Amplió, restauró y embelleció la Colegiata de Guadalupe para la Coronación Pontificia de la Imagen de la S.V. de Guadalupe. Inició las obras el 12 de Noviembre de 1886 y la Coronación fue el 12 de Octubre de 1895. Impulsó grandemente la devoción y el culto a

Santa María de Guadalupe.

- Edificó e Inauguró el Templo Expiatorio Nacional de San Felipe de Jesús, en México, D.F., de 1885 a 1897. Fue el Fundador y Promotor de la Adoración Perpetua y de la Expiación Nacional en la República Mexicana.

IV. ESPIRITUALIDAD

- Hombre elegido por Dios para grandes obras en su Iglesia.
- Intima unión con Dios.
- Gran piedad religiosa, humildad, generosidad y abnegación a toda prueba.
- Abandono total en la Providencia.
- Acendrado amor a María Santísima en su advocación de Inmaculada y de Guadalupe.
- Entrega de su vida como víctima de expiación. Grande amor a la Eucaristía.
- Ardiente celo Apostólico por hacer el bien a sus semejantes. Pureza de intención buscando siempre la gloria de Dios y la Salvación de las almas.
- Total entrega a la extensión del Reino de Dios. Grande amor y adhesión a la Iglesia y al Papa.
- Grande amor a su Patria, México.

V. ALGUNOS FRUTOS DE SANTIDAD

- De los 60 jóvenes mexicanos, aspirantes al Sacerdocio enviados por el P. Plancarte al Colegio Pío Latino Americano de Roma, siete llegaron a ser Obispos de las diversas Diócesis de México. Está introducida la Causa de Canonización del Ilmo. Sr. Don Francisco Orozco y Jiménez, Arzobispo de Guadalajara (1864-1936).
- El P. Plancarte dio los primeros Ejercicios Espirituales en San Luis Potosí, México, en 1889 a la Venerable Concepción Cabrera de Armida. En estos Ejercicios, el Señor le concedió su primera gracia mística: TU MISIÓN ES SALVAR ALMAS.
- Se introdujo la Causa de Canonización del Matrimonio Balmori-Cinta en Coatzacoalcos, Ver. México, los primeros días de enero de 1998. La Sra. Marina Cinta Sarrelangue estudió en el Colegio de Acayuca, Ver., en el Inst. Morelos de México, D.F. Es modelo de exalumna madre de familia y catequista.
- Durante los 137 años que tiene la Congregación de Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, 1878-2015, son numerosas las Religiosas que han llevado una vida piadosa, abnegada, generosa, de servicio y entrega a la enseñanza y formación de las colegialas, cuidado de los enfermos, tareas domésticas, catequesis y evangelización, fruto todo ello de su entrega total al Señor, siguiendo las huellas de su Fundador el P. Plancarte.
- La Adoración Nocturna de la República Mexicana cuenta hoy día con cerca de 3.000.000 de Adoradores a Jesús Eucaristía. Tienen su centro nacional en el Templo Expiatorio Nacional de San Felipe de Jesús, en donde se inició como Adoración Perpetua fundada y promovida por el P. Plancarte, desde 1897.

BIBLIOGRAFÍA

I. FUENTES DOCUMENTALES:

Fuentes documentales estudiadas: Escritos Espirituales (Inéditos: cfr. Archivo General de la Congregación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe:

- Diario (1856-1883), vol. 1-8 (pp.1429)

A) Serie ESCRITOS ESPIRITUALES, Inéditos, POSTULACIÓN, Archivo: J. Antonio Plancarte y Labastida:

- 1 Diario, Vol. 1-8, 1856-1883, (pp. 1429)
- 2 Ejercicios Espirituales practicados por el Pbro. José Antonio Plancarte y Labastida, Vol. 1, Extemp., 1863-1894
- 3 Examen de propósitos, Vol. 1, Extemp., 1876,
- 4 Ejercicios Espirituales dirigidos a las HMIG, Vol. 1.1, 1893-1897
- 5 Ejercicios Espirituales dirigidos a las HMIG, Vol. 2, Extemp., 1891
- 6 Sermones, Vol. 2, Extemp., 1866-1885
- 7 Sermones, Vol. 1.2, 1884-1894
- 8 Discursos, Vol. 1.1, 1857-1897
- 9 Meditaciones, Vol. 1.2, 1888-1897
- 10 Meditaciones, Vol. 2, Extemp., 1891
- 11 Retiros Espirituales, Vol. 1.2, 1897
- 12 Oraciones, Vol. 2, Extemp., 1865-1897
- 13 Oraciones, Vol. 1.2, sin fecha
- 14 Reformas, Vol. 1.2, 1894-1895
- 15 Testamento Espiritual, Vol. 2, Extemp., 1883

B) Serie CORRESPONDENCIA EMITIDA, Inéditos, 3,972 cartas, POSTULACIÓN, Archivo: J. Antonio Plancarte y Labastida,

C) Serie FICHAS DE INVESTIGACIÓN: Identidad Cristológica, 424 fichas, 1856-1898, POSTULACIÓN, Archivo Postulación para la Causa de Canonización de J. Antonio Plancarte y Labastida

II. PUBLICACIONES:

D) BIBLIOGRAFÍA DEL SIERVO DE DIOS, XVI ABAD DE GUADALUPE PBRO. JOSE ANTONIO PLANCARTE Y Labastida, POSTULACIÓN, Archivo Postulación para la Causa de Canonización de J. Antonio Plancarte:

- 1 AGUIRRE RAMIREZ, L. M^a *Síntesis de su vida*, México 1982.
- 2 [CAMPOS, JESÚS MARÍA], *Vade Mecum. La Voz del Padre o sea algunos Avisos espirituales del P. Antonio Plancarte a sus Congregantes las Hijas de María*

Inmaculada de Guadalupe. Recuerdo del Jubileo de Oro 1878-1928, Roma 1928.

- 3 ESQUERDA BIFET, JUAN. *Seguirán tus huellas. La figura sacerdotal de José Antonio Plancarte y Labastida 1840-1898*, Edit., JUS, S.A., México 1993.
- 4 IBÍDEM *Seguiré caminando por el desierto. 27 ejercicios espirituales del P. José Antonio Plancarte y Labastida*, (Espiritualidad Plancartina, 2), México 1998.
- 5 IBÍDEM *Jesucristo llama, envía y acompaña. Identidad cristológica del P. José Antonio Plancarte y Labastida*, (Espiritualidad Plancartina, 3), México 2003.
- 6 IBÍDEM *María es mi Madre. Itinerario mariano, espiritual y apostólico de José Antonio Plancarte y Labastida, 1840-1898*, (Espiritualidad Plancartina, 4), México 2010.
- 7 GARCÍA, PEDRO *El Padre Plancarte, Figura prócer de la Iglesia Católica en México* (HMIG, México 2007).
- 8 PLANCARTE Y NAVARRETE, FRANCISCO *Antonio Plancarte y Labastida*, Imprenta Franco Mexicana, S.A., México 1914. Librería Editrice Vaticana 2012.
- 9 TAPIA MENDEZ AURELIANO, *José Antonio Plancarte y Labastida, Profeta y Mártir*, Edit. JUS., S.A., 2ª. Edición, México 1987.
- 10 TREVIÑO, J.GUADALUPE, M.Sp.S., *Antonio Plancarte y Labastida, Abad de Guadalupe*, Edit. La Cruz, 2a. Edición, México 1948.
- 11 VALENZUELA SORIA, Mª C. *José Antonio Plancarte y Labastida, modelo de jóvenes cristianos*, Morelia 1988.

INDICE

Introducción	
I. PUNTO DE PARTIDA: ENCUENTRO CON CRISTO, EXPERIENCIA DE MISERICORDIA	
Experiencia, compromiso y coherencia	
Una experiencia inicial en el itinerario sacerdotal	
Aprender la misericordia en el ejercicio de su ministerio sacerdotal	
Sincerarse con Cristo	
Humildad realista y confiada	
Una constante de sinceridad, revisión de vida y de memoria agradecida	
Memoria de los beneficios de Dios, en medio de una actividad apostólica agobiante	
La humildad de conocerse y de poner los medios para perseverar	
Proponer y empezar de nuevo, confiado en la misericordia divina	
Cristo doloroso y crucificado ilumina toda su vida	
La experiencia de misericordia transforma los fracasos humanos en fecundidad espiritual	
Confianza inquebrantable, experiencia del amor materno de María en el contexto del misterio pascual de	
II. SERVIDOR DE LA MISERICORDIA, LA VIDA ES MISIÓN	
Un pastor que vive y anuncia la misericordia a partir de la experiencia del encuentro con Cristo en la propia realidad	
Una vida gastada para extender el Reino de Cristo	
Armonía entre los diversos ministerios	
Revisión de vida sobre su acción apostólica	
Enseñar, escuchar, acompañar, atender a las personas, dar testimonio, en armonía con todos los ministerios	
Aspirar a mayor armonía entre vida espiritual y apostólica	
“Misionero apostólico” en y desde México capital	
Siempre en alas de la esperanza, con humildad y audacia misionera	
Su lema: “Valor y Confianza”	
Una vida gastada para ser signo y servidor de la misericordia	
III. EL ESTILO DE LA CARIDAD PASTORAL, MIRAR CON LA MIRADA AMOROSA Y MISERICORDIOSA DE CRISTO	
La decisión de seguir a Cristo según su mismo estilo de vida	
El itinerario sacerdotal marcado evangélicamente desde el despertar de la vocación	
La vida pobre de Jesús prolongada en la propia vida	
A la luz del misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado	
Vida evangélica ratificada constantemente en medio de las pruebas	
Ser signo de cómo vivió y amó Jesucristo, apoyado en la oración	
Su examen continuo sobre su pobreza en el uso de los bienes	
Desprendimiento respecto a los cargos y testimonio de santidad	
En el momento de la prueba, imitar a Cristo y a María	
Los mismos sentimientos y actitudes de Jesucristo	
Según el estilo de vida evangélica de los Apóstoles	
Ser reflejo de la vida y del modo de amar de Jesucristo	
Un legado de confianza en la misericordia, que estamos llamados a imitar, custodiar y comunicar	
CRONOLOGÍA	
BIBLIOGRAFÍA	

